

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

Sepulturas inconclusas

Willan Álvarez Castillo

Tutor: Andrés Darío Cadena Ibarra

Quito, 2024

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	Reconocimiento de créditos de la obra No comercial Sin obras derivadas	
---	---	---

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

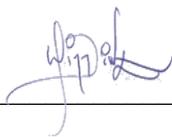
Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Willan Alvarez Castillo, autor del trabajo intitulado “Sepulturas inconclusas” mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Investigación en Literatura, mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la secretaria general, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

30 de octubre de 2024

Firma: _____



Resumen

El objetivo de este trabajo es explorar, a través de un conjunto de relatos, el proceso creativo y su incertidumbre, el poder simbólico del entorno y la memoria colectiva, y la búsqueda de una voz narrativa que permita comunicar las historias de manera auténtica y significativa. En otras palabras, *Sepulturas inconclusas* es un conjunto de relatos que busca transmitir a los lectores una serie de imágenes que construyen narrativas sobre algunos temas, escenarios y protagonistas que habitan un espacio en la frontera entre Ecuador y Perú. Por lo que este trabajo es una reflexión sobre el proceso de la escritura, desde el germen de una idea hasta el abandono del texto en manos del lector. Mi escritura parte de imágenes, cuerpos y pensamientos fragmentarios que se transforman y enriquecen en la imaginación consciente, antes del primer borrador. A lo largo del proceso, como escritor enfrenté constantes pérdidas y ganancias: las ideas desaparecían, otras tomaban formas distintas, lo que fue una experiencia enriquecedora, pues la escritura es un experimento que no busca un único resultado.

Además, los relatos exploran la influencia del entorno en la creación literaria, el cual sirve como un escenario en el que las imágenes se construyen y la misma escritura se vuelve un ritual aunado a las dinámicas de los espacios. Por otro lado, en la redacción de los textos he considerado reflexionar sobre los *pathosformel* de Aby Warburg, que me sirvieron para identificar y transformar figuras universales como el vampiro, la bruja o el caníbal; topos que forman parte de la memoria colectiva de la frontera y que se manifiestan en los relatos con todas sus particularidades.

Finalmente, este trabajo afrontó también el reto de encontrar una voz narrativa pertinente a cada relato. En cuyo caso, el diálogo con otros autores y textos me permitieron elegir las voces y agregar singularidades para que la narración trasmite adecuadamente la historia a los lectores.

Palabras clave: escritura, imágenes, pathosformel, narración oral, memoria, narrador

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar por su apoyo durante todo el programa, también a los docentes y compañeros. Agradezco a mi tutor Andrés Cadena por sus acertadas sugerencias para la realización de este trabajo.

Tabla de contenidos

Introducción.....	11
Sepulturas inconclusas.....	23
Diálogos al atardecer	25
El santo de la quemazón	31
Crucifixiones.....	37
El tutapuri	43
Los caos	49
El oráculo.....	61
Encuentros al anochecer	67
El caso de don Daniel Álvarez Burneo	75
¡Ay, qué riquito!	79
Lista de referencias.....	85

Introducción

El cuerpo, además de ser una manifestación material de sujeto, es un sitio en el que convergen las dimensiones del lenguaje y construyen la forma, los contornos, los sentidos, los límites, la continuidad y la discontinuidad, la doble articulación, la experiencia, los ritmos y las velocidades. El cuerpo que cae a la tierra no es uno, el polvo es otro cuerpo que orienta la trayectoria del primero y configura el paisaje de la caída, y del fantasma que se levanta. Por lo tanto, la corporalidad es la sonoridad de los encuentros, de las piezas ajenas y familiares que se extienden y se comprimen, que se desparraman o se funden, que se vuelven lenguaje. ¿Pero cómo reconocer a cada cuerpo en las palabras? Es evidente que toda literatura habla de ellos. En ocasiones es el espacio en el que el autor y el lector se ven obligados a utilizar el suyo, a sentir la abundancia y las carencias de otras formas, a restaurar las siluetas.

En ese sentido, para mí la escritura es la moldura de los cuerpos, es la búsqueda de los contornos y sugerir la línea faltante. Pero también pensar en la escritura es aceptar la incertidumbre. Lo primero es una imagen, un personaje, un lugar, una acción, un indicio de un pensamiento, una emoción, un cuerpo. Esas ideas están incompletas. Sin un soporte narrativo, son figuras transitorias de la imaginación. Pero una vez que el escritor construye una estructura y traza una ruta entre las efigies que sugiere el lenguaje, la incertidumbre es menor, aunque muchas veces se disfraza del abandono necesario a un texto cuya forma corpórea parece inacabada. Sin embargo, antes del abandono hay un proceso silencioso: el germen de una idea, el razonamiento, la imaginación, las elecciones estructurales y estilísticas, las voces, la escritura, el borrador, otra vez el razonamiento, las correcciones, el cuerpo final, y la renuncia.

En este proceso la pérdida y la ganancia son constantes. En ocasiones, queda poco de la idea primigenia, en otras se magnifica, el cuerpo crece y se niega a ser una partícula. De todas formas, esa transformación enriquece la escritura, pues el autor, a través de las palabras, le sugiere a la escritura que adopte diversas formas: a veces se muestra en carne viva, sin demasiados adornos; también es la sugestiva línea que esconde una ambivalencia y que, a través de sus particularidades, insinúa un sentido u otro; es la voz de otros cuerpos, desnudos, vestidos o transparentes; es la mimesis de un escenario que existe o existió. Al tomar una forma, el lenguaje pone en evidencia las elecciones del autor, quien

responde a los caprichos de una historia o de sí mismo. En ambos casos, la escritura es una auténtica incertidumbre, pues el acto de crear es abundante en dudas y reconstrucciones.

Para mí, la escritura es un experimento con resultados inconclusos, pero satisfactorios. Escribir es una secuencia de imágenes, la he concebido de esa forma porque las palabras por sí mismas son un recurso fragmentario que se completa con las imágenes que sugieren a los lectores. El cuerpo se construye con la simulación o la esperanza de que los órganos y extremidades encajan sin cicatrices. El germen de esa secuencia es otra imagen, una idea obtenida de algún diálogo con el mundo o consigo mismo. Una de las preguntas que suelen hacer a los escritores es: ¿cuándo iniciaron a escribir? El propio autor se formula esa interrogante constantemente. La respuesta es ambigua, pues la escritura inicia con la lectura, o a veces con la escucha consciente o no de otras voces. Frente a esto, recuerdo *El taller blanco* de Eugenio Montejo, quien utiliza el oficio de la panadería como una metáfora del trabajo poético:

El pan y las palabras se juntan en mi imaginación sacralizados por una misma persistencia. De noche, al acodarme ante la página, percibo en mi lámpara un halo de aquella antigua blancura que jamás me abandona. Ya no veo, es verdad, a los panaderos ni oigo de cerca sus pláticas fraternas; en vez de leños ardidados me rodean centelleantes líneas de neón; el canto de los gallos se ha trocado en ululantes sirenas y ruidos de taxis. La furia de la ciudad nueva arrojó lejos a las cosas y al tiempo del taller blanco. Y sin embargo, en mí pervive el ritual de sus noches. En cada palabra que escribo compruebo la prolongación del desvelo que congregaba a aquellos humildes artesanos. (Montejo 1996, 133)

A Montejo, el escenario de una panadería y las dinámicas de ese oficio le sirven para ilustrar su proceso de escritura. Esa experiencia inicial con los años se transforma en los movimientos y sonidos de su expresión y del nuevo entorno que no desplaza al anterior, sino que le otorga el mismo dinamismo que la panadería. Mi taller fue distinto, pero sin duda el texto de Montejo me llevó a reflexionar sobre la influencia de un entorno en la escritura. Yo crecí en la frontera entre Ecuador y Perú, en un sector rural muy distante de la modernidad. En ese escenario, escuché mis primeras historias, la mayoría narraciones orales cuyas fuentes era imposible saberse. Fue mi primer acercamiento a la literatura. De esa experiencia recuerdo las noches oscuras, los paisajes que habían sido el escenario de encuentros entre vivos y muertos, entre cuerpos con nombre o irreconocibles, las múltiples manifestaciones del pensamiento religioso, las supersticiones, las noches de tormentas y el temor constante a lo desconocido. Sin

embargo, así como en Montejo, hay una distancia entre aquellos años y el ahora. Esas noches cambiaron de matices, el ruido es distinto, así como mis perspectivas.

En todos esos cambios, las ideas germinales se mantuvieron, pocas desaparecieron, los cuerpos que habitaron esas historias envejecieron, otros no conocieron los años. La memoria sin la palabra tiende a transformar las imágenes, los cuerpos. Mis inicios en la escritura no fueron con estas historias que presento. Comencé con textos claramente fantásticos que se desarrollaban en mundos sin un referente real, exploré varios temas que han sobrevivido a los siglos como el vampirismo, la brujería y hechicería, los fantasmas, los seres que regresan de la muerte, los que se niegan a irse, los amores trágicos, la inconformidad con las formas, la metamorfosis, la avaricia, entre otros. Sin embargo, me di cuenta de que esas imágenes se hallaban en las historias de mi infancia, pero cambiadas. En otras palabras, la memoria cultural se construye con imágenes colectivas, a veces traídas de otros mundos. Dichos topos permanecen desde su aparición, pero la mayoría se transforma, se adapta a los individuos y a los entornos, a veces su nombre desaparece, pero no la silueta del cuerpo reconocible en el diálogo entre culturas.

En este sentido, mientras cursaba la maestría en la Universidad Andina Simón Bolívar, en una clase con Marcela Croce, descubrí a Aby Warburg. Sus ideas me llevaron a considerar que en la escritura las imágenes dialogaban con las de otros tiempos, que era posible trazar una dirección hacia la evolución de una misma idea. En otras palabras, el método de Aby Warburg me ayudó a reflexionar sobre cómo una misma figura se manifiesta en diferentes culturas, pues la imagen es una manifestación particular que surge en un determinado contexto y configura su sentido en función de este. Estas imágenes van dejando una huella que, con el tiempo, se convierte en un engrama, es decir, “un conjunto estable y reforzado de huellas que determinados estímulos externos han impreso en la psique y que producen respuestas automatizadas ante la reaparición de estos mismos estímulos” (Burucúa 2022, 28-9). Estos engramas producen un efecto en el individuo frente a una manifestación cultural que, en un principio, aparenta distancia, pero, en un análisis más exhaustivo, revela que dialoga, que se anuda a otras manifestaciones culturales, incluso ajenas al momento sincrónico. De esta manera, Warburg concibe a los *pathosformel*: formas visuales que expresan movimiento, emociones o estados de ánimo específicos. Warburg creía que estos topos tenían un carácter universal y que podían ser identificados en diferentes culturas. Un *pathosformel* es una imagen que es reconocible, que se ha transformado para adaptarse a un contexto,

pero cuya figura no desaparece, sino que se puede seguir su rastro y su equivalencia con otras figuras. En el método de Warburg, las imágenes se convierten en cadenas que construyen la historia y la cultura. Los tópicos no son manifestaciones aisladas, sino que aparecen como resultado del diálogo constante entre el pasado y el presente:

Warburg aspiraba a reconstruir tales cadenas de transporte de formas en la larga duración y entre los espacios dilatados de varias civilizaciones: su tarea es acumular imágenes realizadas sobre todos los soportes concebibles y destinadas a todas las funciones inimaginables, hasta cumplir el propósito de construir un espectro continuo, irisado y exhaustivo de las representaciones en el cual se produjese la trama secular de la memoria de occidente (Burucúa 2002, 29).

Esta cita resalta la ambición y la amplia visión de Warburg sobre el estudio de las imágenes, reflejada con maestría en su *Atlas Mnemosyne*. El interés de Warburg era seguir el flujo de las formas e imágenes a través del tiempo y en diferentes culturas. Buscaba trazar conexiones entre distintas expresiones visuales para comprender su evolución. Por otro lado, el amplio espectro de representaciones es una forma de capturar la continuidad de las imágenes y estudiarlas como una cadena que no se agota en una época, sino que se transforma y se adapta a las concepciones de cada momento histórico.

Un ejemplo muy particular en el que Warburg aplicó su método es su serie sobre la “ninfa”. En dicho trabajo, estudia diversas apariciones de la ninfa en varias culturas, desde los sátiros representados en las cráteras de figuras rojas del siglo IV a. C., hasta las obras más importantes del Renacimiento con artistas como Botticelli, Miguel Ángel, Rafael, Durero, entre otros (Burucúa 2002). La ninfa es una figura que danza, su dinamismo corporal y facial se ha representado en numerosas imágenes que sugieren una transformación secular de un mismo *pathosformel*. Esta serie permite estudiar el dinamismo de las manifestaciones culturales y la evolución del pensamiento, pues aquella ninfa, danzante y expresiva, es una representación íntima del individuo y de su sociedad.

Frente a estas ideas, he llegado a la conclusión de que las imágenes que habitan mis relatos son los mismos *pathosformel* de otras culturas. Pues la frontera en la que se desarrollan las tramas es una estructura construida por el encuentro de diversas particularidades, cada una se impregnó en ese sitio, no solo en el pensamiento de sus habitantes, sino también en sus lenguajes. Con Marcela, realicé un trabajo sobre el *pathosformel* de la bruja. En él, hice un recorrido a través de diversas obras artísticas que representaban esta imagen desde la Antigua Grecia hasta la actualidad. El resultado me sugirió ciertas imágenes que habitaban las historias de mi infancia. Allí estaba la bruja, disfrazada con las particularidades de la frontera. Lo mismo ocurrió cuando reflexioné

sobre otros pathosformel como el vampiro, el ser humano que se transforma en animales, los fantasmas, las representaciones del diablo, entre otros. En consecuencia, los topos de los relatos que conforman este trabajo no son nuevos, lo que he buscado es resaltar sus singularidades.

Sin embargo, aquello me generó un conflicto al que como escritor tuve que enfrentarme: los tópicos no eran novedosos, sino que muchos de ellos ya se habían representado en varias obras artísticas. Por lo tanto, el desafío fue pensar en una manera de otorgar a las historias una personalidad, de tal forma que la escritura fuera retadora y no me limitara a retratar las historias de un lugar lleno de sincretismos y oposiciones. El punto de partida fue reconocer la importancia de las narraciones orales en la identidad de una cultura, y la necesidad de registrarlas para que no desaparezcan. Por eso, con la intención de contribuir al ejercicio mnémico de mantener vigente una historia, me propuse la escritura de una serie de relatos, cuyo punto de partida fueran las mitologías y narraciones orales sobre las que mis oídos de la infancia construyeron un imaginario arraigado al telúrico y sobrenatural espacio entre la frontera. Digo telúrico porque el paisaje influye profundamente en las narraciones, conforman la diégesis sobre la que el lenguaje, cargado de pequeños instantes, construye la experiencia que luego ha de llamarse relato; y digo sobrenatural porque en esa diégesis, el ser humano no es el protagonista, la misma naturaleza es superada por el recuerdo de las formas que una vez dialogaron con ella, que habitaron sus caminos y gargantas, que regresan de una naturaleza distante, del más allá. Aquella idea da nombre al conjunto de relatos: *Sepulturas inconclusas*. Mis intenciones al elegir estas palabras fueron abarcar uno de los temas que atraviesa a la mayoría de los relatos: las formas que regresan de la muerte para romper con la cotidianidad de los cuerpos que se quedan. En ese sentido, la muerte representa la transformación del individuo. La sepultura inconclusa sugiere que las voces se mantienen sobre el abandono de la tierra. Por eso muchos de los relatos refieren a un diálogo entre vivos y muertos, incluso algunos protagonistas están muertos y se niegan a abandonar el espacio de la frontera. Me interesaba, además, representar la convergencia antitética de ciertos temas como el bien y el mal, el pecado y el perdón, o la vida y la muerte, lo natural y lo sobrenatural, la juventud y la vejez; pues el ser que habita en la frontera, no habita solo un espacio, sino también un encuentro entre mundos opuestos que luchan por un equilibrio.

Como dije antes, estos temas no son originales, pero “la identidad cultural puede entenderse como una forma de originalidad, es decir: una forma peculiar de manejar los

repertorios del conocimiento y de dar expresión a esa peculiaridad” (Mataix 2000, 14). En consonancia con esta idea, los textos representan la identidad de un espacio que influye en las narrativas. Sin embargo, mis intenciones no buscaban hacer una mimesis de la frontera, sino tomar las imágenes como puntos de partida para recrear las historias manteniendo ciertos rasgos originales. En ese sentido, las reflexiones durante la maestría fueron fundamentales para volver más consciente a mi proceso de escritura. El trabajo del escritor no inicia con las primeras líneas, sino con las lecturas previas. Por eso, los textos que leí en cada asignatura sin duda ampliaron mis perspectivas para construir en los textos una identidad más razonada, considerando los problemas a los que me enfrentaba. En este proceso de reflexión seleccioné algunos asuntos sobre los que debía detenerme.

Las imágenes incompletas

Las imágenes fueron los gérmenes de mis historias. Sin duda, en cada relato es posible identificar un *pathosformel* o su representación. Por ejemplo, el *pathosformel* del caníbal ha protagonizado varias obras artísticas como el *Saturno* de Peter Paul Rubens o *Saturno devorando a su hijo* de Francisco de Goya. De mis lecturas sobre esa figura, destacan obras como *Cadáver exquisito* de Agustina Bazterrica, *El silencio de los corderos* de Thomas Harris o el muy conocido relato de Pablo Palacio *El antropófago*. Dicho topos puede llegar a reflejar conflictos humanos muy profundos, su imagen se adapta a cualquier cultura y, a pesar de no ser una novedad, el ejercicio de su tratamiento puede reflejar cierta originalidad. En mi relato, *El cambiapielles*, la intención fue trabajar el canibalismo, no como el tema principal, sino como el resultado de otros conflictos humanos como los vicios, el instinto descontrolado y la influencia de la religión. Las imágenes iniciales del relato no tenían una relación plausible, solo eran fragmentos incompletos de narraciones orales: un hombre que se convertía en cualquier animal que quisiera gracias a la brujería, la noticia de un burro que devoró a su dueño, el asesinato de un joven a manos de su amigo, tres niños que se convierten en lagartijas. El reto consistió en estructurar una historia con esas imágenes, con esos cuerpos. El sentido fue uno de los retos más grandes, pues el lenguaje debe sugerir la unidad narrativa: es el ejercicio de razonamiento previo a la escritura. El resultado, si bien resalta la figura de un caníbal ya popular, fue satisfactorio porque me permitió imaginar una diégesis con base en imágenes aisladas. Elegir un narrador, una estructura, un lenguaje, una trama, fueron

un auténtico ejercicio de reflexión sobre lo que había aprendido de los referentes sugeridos en la maestría y anteriores.

El resto de los relatos también partieron de imágenes incompletas, unas más detalladas que otras. Al respecto, Highsmith (2006, 7) expresa que “los gérmenes de los que nace la idea para un relato pueden ser pequeños o grandes, sencillos o complejos, fragmentarios o bastante completos, quietos o móviles. Lo importante es reconocerlos cuando se presentan”. En mi caso, los gérmenes fueron múltiples, incluso un escenario me sugería una idea, y mi trabajo era encontrar una narrativa que pudiera habitarlo, tal vez un personaje, una escena, una descripción. Aunque hubo otros gérmenes más completos, como una narración oral. Por ejemplo, el relato *Encuentros al anochecer*, surgió de una historia en la que un hombre vio una manifestación poco cotidiana: tres perros halando de un caballo cuyo jinete parecía una representación del demonio. Aunque era solo una imagen, sus elementos me permitieron construir una historia alrededor de ese encuentro y darle otro sentido o profundizar en el que ya sugerían las formas. Las elecciones de los personajes, los antecedentes, el narrador, el cierre, sin duda enriquecieron aquella idea incompleta. Otro relato, *Crucifixiones*, tuvo como germen la imagen de un viejo tanque abandonado, cuyas aguas habían permanecido inmóviles por años. Toda la historia se construyó alrededor de ese escenario, incluso llegué a pensar que el mismo tanque era un cuerpo, también condenado a la putrefacción y al abandono voluntario. Otras imágenes contribuyeron: el robo a una casa en manos de los propios familiares, los viajes desde el campo al pueblo más cercano, la costumbre de esconder el dinero en los sacos de la cosecha o la venganza silenciosa en entornos rurales. Por eso, este relato es una secuencia de imágenes simples y detalladas que cobran sentido en la voz de sus protagonistas.

En resumen, las ideas inconclusas construyeron todas las historias. Era consciente de eso desde que reconocí que la memoria fuera de la escritura no prevalece, sino que se transforma o se convierte en olvido. Por eso, uno de los objetivos al escribir los relatos fue otorgar una voz a esas narraciones orales y completar su sentido, pues muchas de ellas eran solo imágenes, tan distantes de la unidad de un relato que la parcialidad no era suficiente.

El devenir animal

El ser humano, en busca de la comprensión del mundo y de sí mismo, ha recurrido constantemente a buscar relaciones con su entorno. En ese proceso, ha encontrado

meritorios sentidos en las figuras animales, incluso ha trascendido los límites de lo humano y lo no humano, lo que ha proliferado las posibilidades de identidad y experiencia. Por ejemplo, cuando el ser humano se desplaza del centro de la naturaleza, el animal aparece, no como el otro, sino como la transformación del primero. El sujeto absorbe las particularidades del animal y las incorpora a su identidad. Para Deleuze y Guattari (2004, 271) el “devenir no es imitar a algo o a alguien, no es identificarse con él, tampoco es proporcionar relaciones formales”. Las relaciones son simbólicas y subjetivas, es un juego de transformaciones. Es decir, el animal no reemplaza al humano, ni busca identificarse con él, sino que la relación se establece por la necesidad de construir una identidad desde las semejanzas y los deseos de la otredad. Devenir, por lo tanto, es la apropiación de las partículas del otro: “devenir es, a partir de las formas que se tiene, del sujeto que se es, de los órganos que se posee o de las funciones que se desempeña, extraer partículas, entre las que se instauran relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y de lentitud, las más próximas a lo que se está deviniendo, y gracias a las cuales se deviene” (Deleuze y Guattari 2004, 71). Es decir, el ser humano busca en el otro, en el animal, las particularidades que requiere su propio discurso e identidad.

Adicionalmente, este devenir y su carácter cambiante, casi operatorio con relación al individuo devenido, es un *pathosformel* que se ha representado durante siglos: el ser humano se apropia de las características de los animales y las revela a través de sus voces y acciones, tanto en un mundo con un referente real o en uno ficticio. En ese sentido, las reflexiones sobre el devenir animal en mi escritura me condujeron a considerar que algunos de mis personajes, a través de este devenir, buscan adaptarse a un escenario abundante en transformaciones y el deseos personales. Por ejemplo, el protagonista de *El cambiapielos*, es un hombre que desde niño siente una incontrolable inclinación por la carne humana y, cuando tiene la oportunidad de disfrutarla desde diferentes formas animales, recurre a ellas y se apodera de las particularidades de cada animal, lo que provoca que su identidad se construya desde la transformación. Cuando se convierte en el animal deseado, extrae de este la fuerza, la velocidad, los sentidos, el instinto, las ventajas y desventajas de ese cuerpo.

Otro ejemplo es el tutapuri. Esta criatura representa a la suma de partículas animales, pero también humanas, como la capacidad de satisfacer los deseos sexuales del otro, su razonamiento y los intereses. Este ser representa un devenir animal, pero también un devenir humano. Lo mismo ocurre con los caos, quienes son un símbolo de los actos humanos, de su devenir en un ser que carga con los efectos de sus acciones. Por eso su

cuerpo es la suma de quienes los engendran y, como no pueden personificar a un humano, terminan por asumir las partículas de otros animales para construir su cuerpo humano-animal.

Sobre este asunto, el punto de partida fue la consulta al texto *Sentidos no comunes. Literatura y especismo* de Santiago Cevallos, quien aborda la representación de lo animal en tres relatos del libro *Los que se van*. Las reflexiones de Santiago fortalecieron las mías, sobre todo porque la figura de lo animal, igual que en los relatos que él analiza, aparece en mi escritura como un elemento fundamental que construye el sentido de las narraciones.

Los narradores y las voces

El asunto de los narradores fue un reto desde el principio. Era una de las más implacables incertidumbres de la escritura antes de las primeras palabras. Los gérmenes de las historias venían de diversas voces, tan distantes entre sí que debía transformar su lenguaje para que siguieran una misma dirección y construyeran el sentido de una historia. Las preguntas fueron diversas, las dudas también. Los textos sugeridos en la maestría, así como las reflexiones de los docentes y compañeros, fueron herramientas para ampliar mi perspectiva y mis decisiones sobre los narradores que debía utilizar. Debo rescatar las ideas de Norman Friedman sobre el punto de vista de una narración:

Dado que el problema del narrador consiste en transmitir adecuadamente su historia al lector, las preguntas podrían ser como las que siguen: 1) ¿quién habla al lector? (el autor en primera o tercera persona, un personaje en primera persona, o, en apariencia, nadie); 2) ¿desde qué posición con relación a la historia nos es narrada esta? (desde arriba, la periferia, el centro, desde adelante o variable); 3) ¿qué canales de información utiliza el narrador para transmitir la historia al lector? (las palabras, pensamientos, percepciones y sentimientos del autor; las palabras y acciones de un personaje, o los pensamientos, percepciones y sentimientos de este?); y 4) ¿a qué distancia de la historia sitúa al lector? (cerca, lejos o variable). (Friedman 1975, 78-79)

Estas preguntas me ayudaron a elegir a los narradores en función de la historia que quería contar. Las reflexiones me trasladaron a mis lecturas anteriores, a los cientos de narradores a quienes había escuchado. Como muchas de mis historias partían de narraciones orales, era necesario considerar a los relatos como espacios polifónicos, aunque en algunos de ellos la voz en primera persona construía el sentido de la narración. En otros, como es el caso de *El santo de la quemazón*, decidí utilizar un narratario, concepto que adquirí durante la maestría. Prósper (2015, 464) afirma que “tanto el narrador como el narratario son entes que existen únicamente en el relato y son producto

del proceso de construcción narrativo”. Es decir, que el narratario se convierte en una figura que habita la misma instancia diegética que el narrador. El primero otorga la existencia a la voz narrativa del segundo. Es el caso del relato *En un bosquecillo* de Ryunosuke Akutagawa, en este texto el narratario escucha los testimonios de varios personajes sobre un crimen. Esta forma de construir un relato me resultó particular, pues la multiplicidad de voces e imágenes sobre una misma historia fue una de las problemáticas iniciales de este trabajo. Por eso, quise construir un texto que incorporara un narratario para dar sentido a la variedad de perspectivas al momento de narrar.

Por otro lado, en algunos relatos, los narradores son los protagonistas, miran la historia desde el centro, es el caso de *Crucifixiones*, *El cambiapielos* (aunque en este relato aparecen dos narradores), *Encuentros al anochecer*, *El oráculo* y *El tutapuri*. El caso de este último es particular, pues el primera instancia, iba a utilizar un solo narrador en primera persona, pero luego decidí incorporar un segundo narrador desde la mirada del tutapuri y, aunque su voz solo sugieren una secuencia de imágenes, el resultado me pareció interesante, pues había surgido de la reflexión sobre la escritura.

Adicionalmente, en otros relatos utilicé un narrador omnisciente, aunque contagiado por la identidad de los escenarios. Esto sin duda me generó problemas, pues muchas de las historias, como dije antes, eran la suma de imágenes y voces, y el narrador debía justificar esa polifonía. En este caso, me sirvió una mirada a otros autores como Gustavo Adolfo Bécquer o Edgar Allan Poe, quienes en relatos como *El monte de las ánimas* o *El retrato oval* recurren a más de una voz para contar su historia. Los mismos narradores reconocen que no es su voz la que transmite los acontecimientos, sino que es la voz de otro la que llega a los lectores a través de ellos mismos. Me pareció ponderable incorporar esas característica a mis relatos, pues mis narradores, a pesar de aparentar ser omniscientes, revelan que no son dueños de todos los detalles, sino que han construido su conocimiento de la historia partiendo de los mismos habitantes, quienes son dueños de las narraciones orales y le ceden al narrador lo que conocen de ellas. Sin embargo, estos narradores pueden elegir entre contar y mostrar, determinan la distancia entre el lector y la historia. Hay un razonamiento en esas elecciones, no solo al momento de escribirlas, sino también en las correcciones.

Con relación a este asunto, las consultas a mi tutor de tesis fueron claves en las reflexiones sobre la escritura. Sus sugerencias tan acertadas no solo provocaron que contemplara las historias desde otra perspectiva, sino que, en ocasiones, reestructurara mis elecciones para construir una nueva versión del texto o de alguno de sus elementos.

Las observaciones provocaron que la escritura prescindiera de lo evidente y buscara otras formas de recrear el lenguaje, las imágenes y los temas, fue el caso del efecto de la moralidad en ciertos relatos.

La moralidad y la identidad

Antes mencioné que no pretendo hacer una mimesis de la frontera, pero hay características de ese espacio que dan sentido a los textos, están tan arraigadas en la identidad que prescindir de ellas supone el origen de nuevas historias. Es el caso de la religión, las manifestaciones de la convergencia entre el bien y el mal, los pecados y los castigos, en resumen, la moralidad. Frente a esta problemática, lo que busqué es que los relatos trasciendan a la leyenda y a la fábula, es decir, que no busquen revelar una enseñanza o un mensaje moral, sino que sean testimonios de un lugar que se transmite a los lectores a través de otros mecanismos más allá de las narraciones orales. En ese sentido, los relatos están atravesados por elementos religiosos, desde las motivaciones y naturaleza de algunos personajes hasta la construcción del bien y del mal:

Las primeras normas que regulan la relación entre el bien y el mal están enmarcadas por aspectos religiosos. La confesión, la dirección de la conciencia la obediencia tienen la finalidad de conseguir que los individuos lleven a cabo su renuncia al mundo y a sí mismos. Una especie de muerte diaria. Una muerte que en teoría, proporciona vida en otro mundo y constituye una "estética de la existencia". En el Cristianismo, el hombre no debe prepararse para afrontar sino para renunciar, debe examinar no sus actos, sino sus pensamientos. Debe domesticar su instinto sexual y los pensamientos vinculados con éste. Debe confesarlos, para purificarse y encontrar dentro de sí mismo a Dios. (Zamora 2003, 94)

Frente a estas ideas, uno de los mayores retos de mi escritura fue buscar que la moralidad no sea el tema principal, sino que se convierta en un elemento constitutivo de la diégesis. Varios relatos de este trabajo reflejan el encuentro entre el bien y el mal, representados por Dios y por el demonio, quienes no son los protagonistas, pero su influencia es, sin duda, ineludible. Por ejemplo, en el relato *Encuentros al anochecer*, el destino de los actantes es la consecuencia de sus acciones, lo que tiene un carácter moralista, pues el efecto de los pecados trasciende la muerte. En ese sentido, lo que busqué fue resaltar la voz del narrador, quien es testigo de las imágenes que construyen el relato, pero que también siente las secuelas de las contemplaciones y, en cierto sentido, influye en el desenlace de la trama.

Por otro lado, en los relatos *Los caos* y *El tutapuri*, aparece el asunto del instinto sexual y sus consecuencias. Si bien ambas historias tienen un carácter moralista también,

existen ciertas particularidades que trascienden dicha cualidad: en el caso de *El tutapuri*, lo que decidí, gracias a las sugerencias de mi tutor, fue incorporar otra voz que sirva de contraste con la mirada del protagonista. De esta forma, el lector puede escuchar al mismo tutapuri a través de una secuencia de imágenes o pensamientos muy concretos. Esta idea la tomé del relato *Álbum* de Alberto Chimal, quien, a través de imágenes, es capaz de sugerir una historia muy profunda.

Además, el relato *El caso de don Daniel Álvarez Burneo*, tiene como elemento religioso el castigo por prometer el alma al demonio, así como la necesidad de la confesión para salvarse. La particularidad del texto es que reconstruye una historia ficticia de un personaje histórico. Es decir, la narración es el resultado de varias historias inconclusas. Mi papel fue dar lugar a la convergencia de esas imágenes y otorgar un sentido desde un narrador omnisciente que, por un instante, reflexiona sobre la identidad de los escenarios y las particularidades de las creencias de quienes los habitan.

En resumen, el carácter religioso de estos relatos es una herramienta para representar a ciertos *pathosformel* que se construyen desde las creencias, las supersticiones y las características de un lugar. La moralidad también es un recurso, no solo porque muchas veces impulsa a los personajes, sino porque además delimita las imágenes que sostienen la identidad y la memoria. Por lo tanto, en este trabajo no busqué hacer una mimesis de esa moralidad, sino utilizarla como un motivo para experimentar la escritura. En todo ese proceso, la incertidumbre y las certezas fueron parte de la experiencia. Por eso creo que la escritura no es un escenario firme, tampoco incontenible, sino que el autor, a través de sus narradores y personajes, encuentra la forma de hallar un equilibrio entre tantas posibilidades. El efecto del resultado no busca ser apacible, pero sí gratificante. Entre todas las incertidumbres el autor tropieza con cierto silencio en la obra terminada, en las últimas revisiones, en el abandono.

SEPULTURAS INCONCLUSAS

Diálogos al atardecer

—Está anocheciendo —dijo mi abuela—. Ayúdame a guardar las cobijas.

—¿En dónde las pongo?

—Al lado de la cama. Pero verás que no toquen el suelo, luego las pulgas se suben.

—El Tigre va a dormir a la cama después de comer, las pulgas se van derecho a las cobijas.

—Ese perro es un tonel, come y come. He pensado en matarlo, no sirve para nada.

—No lo mate, abuela. A veces sí ladra.

—Nunca hemos tenido un perro tan haragán. Le diré a don Floro que lo mate.

—¿Con veneno?

—Se desperdicia, es mejor la soga.

—No lo mate, abuela, mejor regálo.

—Nadie lo va a querer, ya aprendió las malas mañas.

—¿Qué malas mañas?

—Comer, no hacer nada y ladrar cuando no hay nadie.

—¿Y si ve algo?

—No ve nada.

—Ve fantasmas, ánimas en pena —añadió mi abuelo que acababa de llegar.

—Estás loco.

—¿No escuchaste lo que dijo don Guillermo? Los animales ven fantasmas, vos mismo me contaste el caso de don Genaro, que una vez vino de visita y una semana después, allí donde puso el pie se sentó una luciérnaga. Que había muerto luego dijeron.

—No creo que ese perro vea fantasmas todos los días, nuestra casa sería un panteón.

—Por aquí pasaba el camino que iba a Ayabaca. Los asaltantes mataron a muchos comerciantes. Los muertos bajan al río, se bañan y vuelven al lugar donde los mataron, allí duermen.

—No le cuentes esas historias al muchacho, tendrá pesadillas.

—Pero si él mismo me pide que le cuente cuentos mientras me ayuda a fraguar. Si se espanta, con un poco de cuima se le pasa. No lo asustará la historia del perro.

—Otra vez con eso.

—Pero es cierto. Una vez lo vi. Salí a orinar, el perro ladraba a los ciruelos. No había nadie, pero el Tigre siguió ladrando.

»—Cogerá el perro —dijo una voz parecida a la de don Anselmo.

»—Venga —dije yo. Nadie vino. El perro siguió ladrando como endemoniado.

—¿Por qué no me despertaste?

—No estabas, te fuiste al pueblo. Como les decía, cuando volví de miar la voz pareció seguir mis pasos, pero se paró en la puerta.

»—Traeré una jerguilla para que se siente —le dije. La verdad no sentía miedo. Le puse la jerguilla y se sentó.

»—Me tengo que ir —dijo después—. Solo vine de paso, le quería pagar mi deuda.

»—¿Qué deuda? —pregunté.

»—La de la puñalada —me respondió—. Pensaba pagársela la semana siguiente, pero hoy tuve que usarla, hubiera visto cómo entró en la panza de don Enrique. Yo corrí, pero resbalé en la quebrada y me la clavé por accidente, hubiera visto cómo entró en mi barriga. Diosito me está esperando para castigarme.

»Se fue, no lo vi, claro, pero sentí que ya no estaba porque el Tigre dejó de ladrar. Y al otro día encontré mi paga en plata.

—Pobre de don Anselmo. Murió de una forma espantosa. Pero no te creo, hubieras gritado de miedo.

—No, su fantasma me dio paz.

—Eso dicen, pero si cometió un crimen tan terrible debió parecer feísimo, como si el diablo se lo estuviera llevando de los pelos.

—Virgen Santísima.

—Págale una misa al menos o reza por su alma.

—Si Dios lo quiere en el cielo, lo habrá perdonado ya.

—Abuelo —dije— ¿crees que el Tigre lo vio?

—Lo vio, lo recibió como siempre, pero al otro día lo encontré dormido allí donde don Anselmo se había sentado. Creo que también hicieron las paces.

—Estás loco —respondió mi abuela—. ¿Sí te conté que he pensado en matar a ese perro?

—No lo mates, quiero que me avise de las ánimas antes de que lleguen porque ya he hecho muchas puñaladas. El sábado anterior vino don Juan a llevarse la suya. Ahora estoy trabajando en la de don Esteban.

—Si sabes que usan esas cosas solo para pelearse, ¿por qué las haces?

—¿Fue culpable de la muerte de Cristo el carpintero que hizo la cruz? Si él se hubiera negado habrían ido con otro.

—Me hiciste acuerdo de don Manuel Peña, dicen que murió de una forma terrible también y que la puñaleta no le sirvió de nada.

—No le habían puesto una cruz. A veces el acero no es suficiente para espantar al diablo.

—¿Qué le pasó? —pregunté con curiosidad.

—Dicen que regresaba del pueblo en compañía de don Segundo. En medio camino ya se anochecieron. Al pasar cerca de una quebrada, don Manuel le dijo a su amigo que se adelantara, que iba a orinar. Don Segundo siguió caminando, pero viendo que su amigo no lo alcanzaba se regresó a buscarlo. Una orinada no podía durar tanto. Había luna llena, así que corrió hasta llegar a la quebrada, allí donde su amigo se había detenido. No lo encontró, lo llamó unas diez veces, pero nadie respondió. Y cuando ya se iba, algo le cayó en la cabeza, parecían gotas de agua, pero enseguida olió la sangre y se le pararon los pelos. Al mirar para arriba vio al diablo entre las ramas de un higuerón, devoraba a su amigo en carne viva. Don Manuel todavía respiraba, todavía intentaba clavar la puñaleta en la joroba del diablo. Pal otro día ya no había nada que enterrar.

—¿En dónde sucedió eso? —Yo siempre preguntaba lo mismo. Así, cuando pasara por allí, imaginaría cada historia.

—Aquí cerca nomás, pero ya no hay higuerón. La gente misma lo quemó.

—Don Manuel habrá estado en pecado mortal —dijo mi abuela.

—Sin dudas que sí. Dicen que cargaba con un asesinato desde la adolescencia.

—Debió arrepentirse antes, una confesión al menos.

—Algunos siguen pecando y no se arrepienten hasta que saben que van a morir. Por eso el diablo se aprovecha. Se los lleva rapidito. Me intentó llevarme una vez, ¿te acuerdas?

—¿Cuándo veníamos de Amaluza?

—Sí. Fue la única vez que se me acercó ese animal. De allí en adelante me arrepiento cada noche de mis pecados y le pido perdón a Dios.

—¿Qué le pasó? ¿Vio al diablo? —pregunté.

—Sí. Nos habíamos hecho tarde volviendo de Amaluza. Veníamos por allá por Trigopamba, cerca de las Peñas de las lechuzas. Ya anochecía y ni una lámpara habíamos llevado, solo una caja de fósforos que habíamos comprado en el pueblo. Al pasar por una quebrada se nos levantaron los pelos, igualito que a don Segundo, y oímos la sangre

podrida. Ya no veíamos nada, así que intentamos prender el fósforo, no ardía, se apagaba enseguida, el diablo parecía estar soplando ahí bien cerquita. Comenzamos a rezar un rosario. Vieras como sudábamos, y ni calor hacía. Después de una hora llegamos a la casa de mi cuñado Santiago. Nos dio posada hasta el otro día. Esa noche soñé con el mismo camino, allí estábamos, andando en esa quebrada. Un perro negro iba al lado izquierdo, casi pegadito a mis canillas. Escupía candela por la boca.

—Yo soñé lo mismo —añadió mi abuela—, pero al lado mío iba una mula, bien blanca era.

—¿Por qué una mula? —pregunté.

—Ese animal es bendito, estuvo en el pesebre del Niño Jesús.

—El diablo facilito entra en los perros, gatos o chivos —dijo mi abuelo—, pero su favorito es el chivo, así se presenta cuando alguien quiere hacer un pacto. Un chivo con cara de humano, pero peludo y con cachos.

—¿Pero no dicen que nadie puede ver al diablo sin morirse? —Un niño de diez años hace muchas preguntas.

Anocheció.

—Así dicen, por eso toma esas formas. Pero si quiere matarte con gusto muestra su cara fierísima.

—Como lo que le pasó a esa chica de Loja. Dicen que la casa donde se apareció el diablo sigue abandonada. Nadie se atreve a vivir allí.

—Antes de que este muchacho haga una pregunta le voy a contar lo que pasó. Cuentan que una muchacha estaba buscando marido, pero nadie le gustaba, rechazó a todos los pretendientes, ni esperanza les daba. Les decía que solo se casaría con un hombre alto, donoso, colorado, con dientes de oro. Al día siguiente se presentó un forastero, cumplía con lo que pedía la muchacha, así que rapidito hicieron planes para casarse. Organizaron una gran fiesta, invitaron a mucha gente para que vean tremenda felicidad. Llegó el turno del baile, los novios asombraron a todos, con las bocas abiertas los dejaron. Pero de un momento al otro dicen que las luces se apagaron, un ratito nomás, y cuando volvieron a encenderse el novio ya no estaba. La novia se hallaba tirada en el suelo, echando espuma por la boca. Murió allí mismo, en una mancha de tierra quemada. El diablo le había mostrado su verdadera cara.

—Entonces puede tomar cualquier forma —dije.

—Casi siempre, pero no puede convertirse en un animal bendito. Pero en humano sí, en cualquiera.

—Fácil puede meterse en el Tigre.

—De por sí ya es feísimo, ni cuenta nos daríamos.

—¿Y si lo ahorco siendo diablo? —preguntó mi abuela.

—No se ha de morir. Pataleando se ha de quedar.

—O rapidito saldría volando.

—Virgen Santísima. Bueno, voy a seguir trabajando. Don Esteban ha de venir el sábado a ver la puñaleta y todavía me falta la empuñadura.

—No se olvide de ponerle una cruz —dije.

—Es lo primero que hice.

—Por cierto—dijo mi abuela—. ¿Don Juan ya te pagó?

—No, me dijo que en quince días volvía.

—No confío en su palabra. En unos dos meses ha de venir.

Cerca, frente a los ciruelos, el Tigre comenzó a ladrar.

El santo de la quemazón

Testimonio de un habitante de la misma localidad que Narciso

¿Que ha viajado por varios días solo para conocer la historia de ese santo? Yo no recuerdo muchos detalles. Era un niño cuando ocurrió todo eso. Pero mi padre lo conoció. ¿Su nombre? Se llamaba Narciso Troya. Dicen que nació fuera del matrimonio, de una aventura de su madre con un comerciante. Creció en el campo, como todos en estas tierras. Dicen que desde niño mostró conductas torcidas y reprochables. Cuando... ¿Que cuáles conductas? Espiaba a las jovencitas que bajaban a bañarse a las quebradas y les lanzaba piedras cuando estaban desnudas. Algunas veces se lo vio jugando con animales de una forma no convencional, como si estos fueran sus iguales o sus cómplices. También desobedecía a sus padres y maltrataba a sus dos hermanas. Algunos afirman que incluso llegó a violarlas. ¿Por qué? Quién sabe lo que sucede tras las paredes de adobe cuando los padres salen al pueblo los domingos y dejan solos a sus hijos.

¿Por qué le llamaron El santo de la quemazón? Sucedió cuando tenía diecisiete años. Como seguramente haya visto, por estas tierras, la yaragua crece sin control. En los meses anteriores a la siembra, la gente la lampea de raíz y la amontona en grandes cantidades para quemarla después. El papá de Narciso había planificado la quema para un domingo. Los más viejos aconsejaban que, si el terreno era una ladera, el fuego debía comenzar desde arriba, de esa manera no ganaría tanta fuerza y sería fácil de controlar. Pero el padre ignoró aquello y encendió el fuego desde abajo, la candela rápidamente se volvió una tormenta. Por eso Narciso, que se había acercado al centro a comprobar cuánto soportaba en medio del humo, no alcanzó a huir con rapidez y las llamas lo envolvieron. El padre ni se dio cuenta hasta que escuchó los gritos. Cuando llegó donde su hijo, el fuego ya había quemado sus ropas. Dicen que se sorprendió mucho cuando los gritos se convirtieron en carcajadas. Dicen que el muchacho se revolcaba en las cenizas como si jugara en ellas sin una muestra de dolor. No tenía ni una quemadura, solo manchas por la ceniza y el humo. Su padre lo consideró un milagro. Al otro día fue a la iglesia y donó una gran cantidad de dinero. Dios lo había apartado de un destino terrible. A sus vecinos les decía: “Mi hijo se salvó de milagro, de una quemazón terrible, es un santo”. Desde entonces se le conoció como el Santo de la quemazón, el único que por aquí había burlado

las llamas por intervención divina. No, Narciso nunca hablaba de eso. Decían que amenazaba de muerte a quién le preguntara sobre el tema.

¿Que cuándo se casó? A los veintiséis años con una mujer llamada Zoila, una viuda que le dio cinco hijas. Pero que murió cuando nació la última. Él se quedó a cargo de todas hasta que se volvieron adolescentes. ¿Qué cómo se llamaban? No recuerdo, sé que la que aún vive se llama Manuela. Trabaja en el Municipio de Loja. Continúo. Don Narciso siempre había usado sombrero para soportar el sol, pero de pronto ya nunca más tuvo su cabeza descubierta, dicen que incluso en las noches mantenía su sombrero atado a su cuello para que no se lo quitasen. Nadie sabía por qué hasta que una de sus hijas huyó de la casa y contó que a su padre le habían nacido cuernos en la cabeza. Fue mi padre el que buscó a un cura, pero no funcionó, solo pudo confesar a las hijas y les puso un rosario en el cuello. La venganza de El santo fue quemar la casa con sus hijas dentro. Todas murieron. ¿Qué hicieron los vecinos? Alguno había pagado una misa por ellas, y otra por don Narciso que seguía vivo, durmiendo en los escombros de su casa quemada. Mi padre decía que se comió a sus animales, hasta el último, vivos y crudos, directamente con sus manos. Todos evitaron sus tierras y por un tiempo algunos se olvidaron de él, pero una madrugada, escucharon gritos de auxilio que venían de su casa. Al día siguiente, mi padre y unos vecinos se acercaron a la casa y lo encontraron tendido en el patio, con manchas de sangre y heridas de garras. Al parecer había luchado y había perdido. ¿Que si era cierto lo de sus cuernos? Sí, allí estaban, retorcidos y negros, ya alcanzaban los quince centímetros. ¿Y el cuerpo? Sin familiares que reclamen a semejante bestia, lo enterraron allí mismo, a dos metros de profundidad.

¿Después? Por algunos días intentaron olvidar lo sucedido, pero cada noche, a la misma hora que la primera vez, escuchaban un fuerte alarido, y así pasaron diez días. Entonces los vecinos volvieron a pedir ayuda a un cura. ¿Al mismo? Sí. En su compañía fueron a la tumba y cuando intentaron desenterrarlo, se dieron cuenta de que el muerto se hallaba a menos de diez centímetros de la superficie. ¿Qué dijo el cura? Les explicó que Narciso con cada grito se desenterraba un poco. Además, lo habían sepultado boca arriba, lo que había facilitado su ascenso. El cura había dicho también que El santo había sido salvado del incendio por una mano divina, pero no la de Dios, sino la del diablo, y que ahora lo había reclamado, pero don Narciso se negaba a irse, no quería abandonar este mundo todavía. Si lo hubieran dejado un día más, él se habría liberado y devorado a todos sus vecinos, hasta llenarse. Luego, por consejo del cura, lo volvieron a enterrar con una cruz en la cabeza.

¿Que si estuve allí? No, como dije, era un niño. Años después visité su tumba. Quería comprobar lo que decía la gente: cada noche se escuchó el mismo grito, pero cada vez más lejano, hasta que nadie pudo oírlo si no era colocando su oreja sobre la tierra, justo donde fue enterrado. Pero yo no escuché nada.

Testimonio del sacerdote que visitó la casa de Narciso

¿Cuándo fue? Hace más de veinticinco años. Ahora soy un anciano, no me quedan muchos recuerdos. ¿Cómo lo supe? Un hombre llegó corriendo a la iglesia. Me dijo que a su vecino le habían nacido cuernos en la cabeza. ¿Que si le creí? Al principio dudé, pero él me dio más detalles, me contó sobre la vida de Narciso, los actos eran repugnantes: había violado a una de sus vecinas, descuartizado a algunos animales, robos, la sospecha del asesinato de su padre, bromas con finales trágicos y lo último, los cuernos. Fui a confesarlo, pero no lo encontré, sus hijas me dijeron que salió corriendo. Las confesé a las cuatro, la otra ya había huido de la casa. Sus pecados eran los de su padre. Sus malos tratos. Su silencio frente a sus necesidades. Sus manos. Su cara inexpresiva. Su ira frente a la resistencia. Los turnos a abrigar su cama. El dolor del embarazo. Las bebidas que no mataron a las criaturas. Los golpes. Los nacimientos. El hambre voraz de su padre. El embarazo otra vez. El veneno. El intento de suicidio. La huida de la casa. Los rápidos pasos de su padre. La reprimenda. El sombrero de su padre. El silencio de todas. El embarazo otra vez. El hambre de su padre. Su sombrero. Una de ellas huyendo al fin. La infame distracción de las otras cuatro.

¿Qué si algún hijo había vivido? Según ellas ninguno era humano. Todos unos monstruos. Una masa de carne que él se había comido. ¿Qué si las perdoné? Las dejé en manos de Dios. Ellas eran inocentes. Así que les coloqué un escapulario en el cuello y me fui. Mientras me iba sentí que él me observaba. Sentí miedo, luego lástima. Luego me enteré de que habían muerto. Él las había matado. ¿Con sus propias manos? No. Me dijeron que las encerró en la casa y la incendió. Después me enteré de que se murió entre gritos y que lo habían enterrado allí mismo. Unos días después sus vecinos me fueron a buscar. Al parecer seguía gritando cada noche. Yo mismo lo comprobé. Visité su tumba y pedí que lo desenterraran. Casi había alcanzado la superficie, al parecer se desenterraba un poco cada noche. ¿Su apariencia? Un nombre normal, castigado por el campo. Pero sus cuernos ya llegaban a los veinte centímetros. ¿Qué si se había podrido? No, solo se había secado. Aunque parecía vivo. Yo les sugerí que atravesaran su cabeza con dos varas

de hierro, formando la señal de la cruz y que lo enterraran boca abajo. Esperaba que con cada grito se hundiera más.

Quizás un día aparezca al otro lado del mundo.

Testimonio de una mujer que practica la brujería

Yo no sé mucho de ese santo. No me pregunte a mí. ¿Alguien le aconsejó que hablara conmigo? Cualquier cosa menos sobre ese hombre. No, señor, no es por miedo. Ya no asusta a nadie, sucedió hace muchos años. Ya no se puede distinguir su casa ni donde fue enterrado. El cura no quiso que pusieran una cruz, dijo que no habría servido de nada, que no debíamos recordarlo. ¿Qué quiere saber? Tiene que pagarme, es mi trabajo. ¿Que si es verdad que mató a sus hijas? Sí. Yo no estuve ahí, pero me contaron que las quemó vivas porque el cura las había alejado de él, al parecer ya no podía pecar. ¿Sus cuernos? Sí, como de cabra. El diablo, sí, se manifiesta en esa forma. De alguna manera lo he visto. Pero no se asuste, no parece cargar con muchos pecados. Ah, ha venido por otra cosa. Ya lo adivinaba, parece saber más que yo sobre ese hombre. ¿Hablar con los muertos? No, no me pida a ese santo. Él no me dejaría. Él digo, sí, la cabra. ¿Qué quiere a la esposa de ese santo? ¿Cuánto dinero trae?

Testimonio de la esposa de don Narciso a través de la mujer que practica la brujería

Conocí a Narciso durante la boda de mi sobrina. Yo era viuda. Mi esposo se había envenenado por accidente. Con él no tuve hijos. Pero con Narciso tuve cinco. Todas niñas como él deseaba. Siempre las quiso más que a mí, parecía obsesionado con ellas. Bueno, con las cuatro, morí al dar a luz a la última. Cuando lo conocí era un joven con una fama terrible. Eso no me asustó, conmigo fue diferente, él quería hijas y yo podía dárselas. Me trató bien, pero no a otros. Lo vi jugando con animales hasta matarlos, luego se disculpaba conmigo. Yo lo perdonaba. Me juraba que no lo volvería a hacer, pero al día siguiente ya había atrapado a otro animal. Me respetaba, por eso cuando me fui las cosas se retorcieron aún más. Sentí lo que hizo con mis hijas. Soñé con ellas, las vi sufrir como a esos animales, cada noche preguntaban por mí. Yo lloraba por haberme ido. Ellas dieron a luz como yo, pero no las vi felices, no amaban a sus hijos, él tampoco. Sufrían en su propia cama, en la nuestra. No pude hacer nada, eran solo sueños.

A veces sueño con él también. Siento que está vivo todavía.

Confesión de la hija de Narciso

¿Por qué me pregunta sobre mi padre? Yo no tengo ninguno. ¿Narciso Troya? Es usted un idiota. Ya no es mi padre y usted, se lo repito, es un idiota. Por su culpa he tenido que recordar aquellos días. Pero quizás mi testimonio lo decepcione, por idiota. Crecí temiéndole, temblaba cuando se enojaba, cuando ninguna de nosotras lo satisfacía. Cuando crecí escuché que Dios lo había salvado de un incendio, que eso lo volvía único, pero yo no creo en esos milagros, ya no. ¿Los cuernos? Sí, los vi, todas los vimos, pero ahora tengo dudas de ese recuerdo. No tiene sentido para mí.

Mis hermanas no entendieron lo que yo sí. Ningún demonio lo habitaba, él era su propio monstruo, estaba enfermo, nació enfermo. El incendio, esa salvación, fue solo una excusa que necesitó para vivir sin consecuencias. Necesitaba que otros le tuvieran miedo por ser un demonio, pero nosotras le tuvimos miedo por sus instintos humanos, por esa rabia y el deseo de hacer daño al otro. No fue un santo ni un diablo, solo un hombre perturbado.

Tuve un hijo con él, sí, pero nació deforme, así que lo mató allí mismo, en nuestra cama. Mis hermanas, todas ellas tuvieron hijos, pero ninguno sobrevivió, todos eran varones y él quería una niña como nosotras. Sé que ellas murieron en sus manos. Los rosarios del cura, no creo que tuvieran ningún efecto, yo conocía a mi padre, era muy celoso, terriblemente. Tal vez las mató porque pensó que estuvieron con otro. Era muy capaz de eso.

Me sigue preguntando sobre él. No me equivocaba, usted es un idiota. Creyó todo lo que le contaron, aunque yo misma lo habría hecho si siguiera viviendo entre tantas supersticiones.

Al final, ¿qué queda de él? Solo un recuerdo de la maldad de los seres humanos, de sus enfermedades y sus deseos torcidos. Algunos dicen que aún lo escuchan, que sigue gritando desde su tumba. Yo no necesito escucharlo. Ya no existe. Ya no le tengo miedo.

Y usted es un idiota por preguntarme.

Testimonio de una mujer que practica la brujería (continuación)

¿Por qué ha vuelto? No tiene por qué preocuparse, no me conoce. ¿Le contaron que enfermé? No me diga que ha venido a sanarme, no creo que pueda. No es una enfermedad, es algo que viene desde adentro, parece que mi cuerpo se quema poco a poco. Usted me pidió que hablara con esa muerta, no debí aceptar su dinero. Él me visita cada noche. Comenzó en mis sueños, luego ocupó la misma habitación. Nunca me hablaba, pero anoche me dijo que vendría, por eso no me sorprendió verlo otra vez. Él quiere que usted hable con Narciso. Lo escuchará a través de mí.

Sí, esta noche.

Reporte de un médico que atendió a un joven periodista

El hombre fue traído ayer por la tarde. Estaba consciente, pero no reaccionó a ningún estímulo. Pedí que lo vigilaran toda la noche. Las enfermeras dicen que no durmió ni un instante, que permaneció mirando el suelo y tocándose la cabeza, las sienes más precisamente. Hoy por la mañana recobró la cordura, me pidió una pluma y un papel, casi con desesperación, pero luego volvió a su estado inicial. De todas formas los dejé a su alcance. Más tarde, comprobé que habían recuperado parte de su lucidez. Diez veces había intentado escribir un párrafo, pero sin palabras reconocibles, solo líneas que ocultaban su fracaso.

Tal vez una palabra: Narciso.

Crucifixiones

Siempre que sumerjo mis piernas en el agua recuerdo mi encuentro con don Teodoro, un hombre que murió ayer. Lo que les voy a contar ocurrió hace cinco años, desde entonces he esperado que el olor nauseabundo se vaya, pero don Teodoro, insinuando su vil propósito, se había asegurado de que la podredumbre se impregnara en mi mente también. Ojalá pudiera decir que es la historia de otro, que solo repito las palabras, pero debo recordarlo todo, sentir otra vez las olas palpitantes en mis piernas y la pequeña luz sobre mi cabeza, reveladora de la justicia más espantosa.

Don Teodoro era un hombre rico, su fama, la de cualquier otra persona acomodada, aunque con ocasionales eventos de crueldad contra sus animales. Todos los domingos subía al pueblo con un par de mulas cargadas con productos de sus tierras que rápidamente vendía, asistía a misa y luego disfrutaba de un par de copas. Al atardecer regresaba a casa, leyendo sobre la silla de su mula favorita, colocaba el dinero del día en la mitad de algún saco de granos, preparaba la cena de su esposa inválida y descansaba para continuar con las actividades de la semana. Nadie pensaría que era un mal patrón, los vecinos que trabajaban para él estaban encantados con sus salarios justos. Pero siempre hay alguien que quiere más, siempre, en este caso éramos cuatro: mis tíos, Anselmo e Ignacio; mi cuñado Rafael y yo, un joven estudiante de Derecho que había regresado de la ciudad a disfrutar sus vacaciones junto a su familia. Es irónico que haya decidido participar en una injusticia, pero la ambición está en todas partes. Los libros no logran aplacarla. El plan se concibió un miércoles, justo después de haber terminado la jornada. El siguiente domingo, cuando don Teodoro se fuera al pueblo, asaltaríamos la casa. Su esposa, que solo podía dar unos pasos, apenas sería una molestia.

La casa se levantaba cerca de un arroyo rodeado por altos sauces. Como trabajábamos con don Teodoro, su perro salió a recibirnos. Caminamos seguros, pues nuestros rostros, ocultos en máscaras improvisadas, no revelaban más que el aroma de cuatro conocidos que pronto serían ricos. La esposa de don Teodoro se hallaba en su cama, en la habitación contigua al granero. Seguramente escuchó el ruido del primer saco que cedió ante el corte de la navaja de mi tío Anselmo, su grito apenas traspasó las gruesas paredes de adobe. Cuando ella hubo alcanzado la puerta, nosotros ya abandonábamos el patio con el dinero. Nos maldijo cien veces, pronto ya no comprendimos su lenguaje. Lo

último que vimos fue que se arrastraba por el patio, casi alcanzaba el borde que daba al arroyo.

Corrimos en silencio. Luego nos sentamos junto a un viejo tanque que había pertenecido a un abandonado proyecto de agua potable. Era un tanque de concreto, de unos cinco metros cuadrados, y más de uno de profundidad. Sobre su tapa de metal contamos el dinero y lo repartimos, a cada uno le tocó un porcentaje relacionado a su edad. Abandonamos las máscaras allí y cada uno fue a su casa. Al otro día volveríamos a trabajar con don Teodoro, pues era necesario mantener las apariencias. Pero en la mañana, nadie nos recibió, el perro miraba con tristeza el camino que llevaba al pueblo. Unas horas después, un vecino nos contó lo sucedido. El día anterior habían asaltado la casa de don Teodoro, y su esposa, en un intento por impedir el robo, había caído al arroyo. Al regresar, su marido la encontró moribunda. En ese mismo instante la había llevado al pueblo esperando que el médico la ayudara. Todavía no habían regresado.

Dos días después asistimos al funeral. Don Teodoro, casi sin voz, nos dio las gracias por acompañarlo y nos pidió que siguiéramos trabajando para él. Así lo hicimos. En una semana yo habría regresado a la ciudad para continuar con mi carrera universitaria. Sin embargo, tres días antes de mi partida, mi tío Ignacio desapareció, cosa que me obligó a quedarme para contribuir a su búsqueda. A mi tío lo siguió mi cuñado a la semana siguiente. Mi tío Anselmo fue el último. Nadie creía posible que tres robustos hombres puedan desaparecer sin dejar huellas, como si de repente se hubieran cansado de vivir en esas tierras y solo se fueron. Aquello tenía sentido para mí, el dinero del robo les alcanzaría para comenzar una nueva vida en cualquier lugar. Con poca esperanza de encontrarlos, y decidido a partir a la ciudad, fui a visitar a don Teodoro, debía despedirme de él. Me recibió en su casa y me habló de la tristeza que sentía por la muerte de su esposa. Bebimos café y, al atardecer, me despedí, pero solo alcancé el patio. El mundo perdió sus colores, disueltos en un millar de olas geométricas. Pronto ya no sentí nada.

La sensación próxima fue la calidez acuosa de diminutas olas que envolvían mis piernas con pequeños remolinos, trémulos, vivos. Los sentidos despertaron mientras los ecos de las olas ascendían por mi cuerpo adolorido. Percibí mi pecho desnudo, mis brazos adormecidos, mi cabeza palpitante y una máscara pegada a mi rostro. Abrí mis ojos con pesadez, la luz no llegó, solo el aire acre que me obligó a cerrar los párpados. Mi olfato fue el sentido más claro y real. El aire mefítico dio forma a mi imaginación: estaba en un lugar cerrado, diminuto. A mis espaldas había una pared, percibía su frío roce. Lo que se hallaba frente a mí era desconocido. El olor nauseabundo revelaba un millar de

posibilidades, aunque solo podía venir de una cosa: de un cuerpo en descomposición, uno gigantesco, o quizás de una docena.

No pude explicar los remolinos de mis piernas.

Esperé a que mi nariz se acostumbrara al aroma terrible. No sucedió. Si hubiera podido deshacerme de todos los sentidos con un solo pensamiento, ese sería el último. Pero no podía elegir la muerte, mis manos estaban atadas horizontalmente, similares a una blasfema crucifixión. Mi boca era libre, pero las palabras solo agudizaron el dolor con sus ecos inútiles. Tuve la sensación de que nada saldría de mi encierro. Esperé con mis ojos cerrados, soñé despierto con todas las posibilidades, pensé en las razones de aquella fatalidad, en la última taza de café. Pero antes de eso recordé mi máscara, el peso de una bolsa de dinero y la última mirada de una mujer inválida.

Horas más tarde, una pequeña lucecita brilló sobre mi cabeza. Un rayo de sol, tan mísero como reconfortante, iluminó el paisaje, entonces me pregunté si no había sido mejor la oscuridad. Vi la forma del agua que me cubría hasta la cintura, su color verdoso, hirviente. Vi también un tenue vaho alrededor de una cabeza flotante, su mirada hueca atravesaba la sombra de una máscara. Los gusanos buscaban refugio en la coronilla que se resistía a sumergirse. Cerca, casi tocando mi mano derecha, se hallaba un cuerpo decapitado, ya no tenía vísceras, solo jirones de carne que colgaban de sus costillas manchadas. Pronto vi todo el contorno del lugar, era un espacio rectangular, hondo, con paredes verdosas. La luz no alcanzaba a iluminar la pared del frente, pero logré distinguir mi reflejo esquelético rodeado de una mancha negruzca. A mi izquierda vi otra figura, hinchada, sedosa. La cuerda que sostenía su máscara no había resistido a sus rasgos abultados, ahora colgaba de una oreja morena descubriendo un rostro informe, casi una abominación.

Habíamos sido crucificados con dedicación, uno en cada lado del cuadrado.

En un instante comprendí el horrible paisaje. «Cuatro crucificados, una sola cruz; cuatro máscaras, un solo propósito; cuatro cuerpos, un solo castigo; una sola masa de agua, cuatro culpables». Grité desgarrando la quietud encerrada, fue como si los cuatro clamáramos al unísono, aunque solo una voz era humana todavía. Nadie vino a ayudarme, no hubo respuesta aparte del hormigueo creciente en mis piernas. Pasaron las horas, la luz se extinguió y pronto regresó la oscuridad. No hubo gran diferencia entre dormir y estar despierto. No tuve sueños, tampoco ideas agradables, nada fuera de la nauseabunda realidad contenida en lo que podría ser venganza o justicia. Como estudiante de Derecho debía conocer la diferencia, pero en ese momento yo no era más que la figura que

completaba la geometría, una que en poco tiempo sería el reflejo gradual de todas las demás.

La luz volvió y se fue. No sé cuántos días pasaron, pronto ya no tuve pensamientos, todo se repetía, cada vez más desfigurado: un bucle caótico que desconocía las súplicas silenciosas de un condenado a muerte.

Cuando ya no supe distinguir el sueño de la vigilia, cuando el trémulo remolino comenzó a ascender por mis piernas, cuando se le cayó la cabeza a la sombra de enfrente, cuando la figura de la izquierda explotó, cuando deseé los peores males en lugar de los que tenía, percibí una muestra del exterior. Escuché pasos metálicos sobre mi cabeza, luego un gimoteo, una maldición, un instante de silencio y el crujido de una bisagra. El techo se abrió de golpe, la luz entró como un relámpago, iluminó el lugar y la terrible realidad de la que pocos son testigos alguna vez. Cerré y abrí mis ojos repetidas veces, pero la imagen fue la misma. Allí estaban las figuras putrefactas, cada una más deshecha que la anterior, la del frente era un esqueleto ya, las cuerdas apenas sostenían la forma miserable de la crucifixión.

Miré hacia las aguas, a los remolinos que la oscuridad había ocultado. Solté un grito que tuvo la fuerza de un millar. Se desgarraron mis nervios, sentí entonces que despertaba, ya no hubo confusión: era la realidad. El agua hervía sin pausa, palpitaba. Ninguna pregunta tuvo lugar, pues todo se reveló en un instante: eran larvas, millares de ellas, nadaban desesperadas en los colores negruzcos del agua más nauseabunda, todo parecía una masa convulsa, gelatinosa. Tuve la sensación de que los gusanos ascendían por mis piernas como babosas hambrientas, y mis entrañas, vacías durante días, buscaban algún remanente de alimento para completar el significado del vómito, pero nada salió de mi boca, su sequedad me dolió hasta en los pulmones.

Don Teodoro asomó desde el cielo, su rostro agitado me miró con satisfacción. No dijo nada, esperó de pie en el borde del tanque. Los sauces recortaban el cielo a sus espaldas, pronto su aroma llegó a mis narices, agradecí sentir un olor distinto.

—¡Ayúdeme! —supliqué— ¡Sálveme, don Teodoro!

No me respondió ni se inquietó. Recorrió con su mirada a los otros tres desgraciados. Una vez que hubo terminado, regresó a mí, esperó a que suplicara mil veces, a que confesara mi crimen y le pidiera perdón. Cuando agoté mis palabras, él habló:

—¿Dices... dices que te perdone, muchacho? —No advertí dudas en su voz a pesar de su hábito de repetir las palabras, estaba decidido a lo que sea que vendría luego—. ¿Tienes menos culpa que tus compañeros? Ellos... ellos ya han pagado, no veo que

supliquen. Mi esposa murió en mis brazos. El médico no pudo hacer nada. ¿Cómo fueron capaces de cometer esa barbaridad? Ella apenas podía caminar. Cuando era joven se cayó de una mula y se rompió una pierna. No... no pude resistir la ira, maté a la mula porque corcoveó sin ningún motivo. La amarré a un árbol por una semana, ¡cómo debió haber sufrido! Murió... murió en silencio, luego me arrepentí de lo que había hecho, era un buen animal. De esto no siento remordimiento, lo que hicieron fue imperdonable. Seguramente esperaban que yo no lo descubriera, pero fueron unos tontos, no pensaron en todos los detalles. Mi... mi esposa y yo, más viejos que ustedes, lo dedujimos todo. Una máscara, ¡qué tontería! Como si el rostro fuera lo único que puede identificar a alguien. Bastante torpes fueron. Mi esposa recordó sus ropas, sus formas de caminar, el tamaño de sus panzas, el color de sus cabellos. La verdad es que ella me pidió que los perdonara, pero no pude. No... no son más inocentes que la mula. Este... este tanque tiene al menos veinte años, nunca sacaron sus aguas, son casi tan viejas como vos. Durante... durante dos días pensé en el castigo que recibirían, ninguno me convencía, pues debía ser terrible. Entonces recordé este tanque, nunca había escuchado de una pena parecida, sería el primero en aplicarla y ustedes los primeros condenados. Conocía las edades de los cuatro, por eso respeté el... el orden natural: los más viejos primero y luego el más joven e idiota... ¡idiota! Abrí un agujero en la tapa, de lo contrario se habrían ahogado bastante rápido con sus propios gases, y debían sufrir. Quizás... quizás pienses que tenías mejor porvenir que tus cómplices. Yo... yo también fui un estudiante como vos, también regresé a pasar mis vacaciones en familia, pero vi más futuro en mis negocios, entonces ya no quise volver a la ciudad. Dime... dime, muchacho, ¿mereces ser perdonado?

Quería pensar que sí, que un joven de veinticuatro años todavía podía cambiar su vida, pero con todo el sufrimiento de la crucifixión me quedaban pocas fuerzas para sostener el peso de la esperanza. Me había rendido a la podredumbre, a la justicia de aquel hombre.

—No, don Teodoro. No merezco su perdón. Usted ya ha ganado—. «Fue más inhumano que nosotros, más terrible,» pensé.

—Entonces muere. En unos días llenaré el tanque con bastante tierra, de esa en la que se revuelcan los puercos. No... no habrá diferencia con las tumbas de los cementerios. Y si luego descubren la verdad lo confesaré todo, pues ya estoy viejo, no me resistiré a mi castigo.

El viejo cerró la puerta y se fue. Pronto ya no percibí el aroma de los sauces. Volví a mi martirio, me entregué a los dolores más terribles, a los gusanos que roían mis carnes al ritmo de un millar de corazones latentes. La luz se fue, y con ella mis sensaciones más claras. Pronto mis pensamientos solo eran vagas ideas en la sequedad de mi cabeza, ya no llegaron al agua que cubría mis piernas. Soñé con el aroma de los sauces, con el crujido de las bisagras, con una botella que se acercaba a mis labios, con los nudos deshechos, con los fuertes brazos que despegaban mi cuerpo de los remolinos larvarios.

Desperté en una cama suave, en una habitación iluminada y limpia. Mis sensaciones volvieron gradualmente al ritmo de mi conciencia. Recuperé la claridad de mis sentidos, de todas mis partes, excepto de mis piernas, tenía el presentimiento de que aún flotaban en el agua y que los gusanos no despegaban sus bocas ni con los medicamentos más fuertes.

Me habían encontrado en un arroyo, rodeado de señales que probaban mi borrachera y mi caída accidental. Dolía menos creer esa historia, así que prometí guardar silencio con la voz de don Teodoro en mi cabeza. Unas horas después era colocado en una silla de ruedas y empujado por los pasillos de un hospital. Allí estaban mis piernas, vendadas hasta el último centímetro. Ya nunca más volví a sentirlas como antes, tampoco pude caminar de nuevo. El maldito había conseguido su venganza. Ahora, era yo el inválido en todo sentido, pues tampoco podría tener hijos. Las larvas habían arrancado todo de mí.

Desde esos días, cada vez que sumerjo mis piernas en el agua regreso al tanque, a la tumba geométrica, cierro mis ojos y recuerdo. Entonces los gusanos cobran vida, roen mis piernas sin pausa, al ritmo de mi corazón agitado.

Espero que ese viejo, donde quiera que se encuentre, esté sintiendo lo mismo.

El tutapuri

El caos primigenio. Las aguas dividiéndose. El amanecer. Un cuerpo que cae del cielo. La tierra devorándolo y escupiéndolo. La farsa. La fábula aristotélica. La historia. La ficción. La existencia operatoria. La multiplicación. La oración. La metamorfosis. La oferta y la demanda. La eterna ambición. El ser humano. Una mujer solitaria. Mi nacimiento.

Desde la adolescencia había jurado que nunca me casaría, que enfrentaría la vida en soledad como aquellas gentes que se entregan a Dios, pero habría una diferencia, claro, yo sí podría saborear la compañía transitoria de una mujer, pecaría de todas formas, pero tendría derecho a la absolución, a la penitencia purificadora.

Nací en 1967, al sur del Ecuador, a pocos minutos de la frontera con el Perú. Cuando cumplí dieciocho años, mis padres, unos comerciantes de ganado, acomodados en comparación a otros vecinos, me dieron la noticia de que me enviarían a estudiar a Loja, a la casa de una tía. Yo me negué de inmediato. Recientemente había logrado charlar con Gloria Guerrero, una viuda que había heredado la fortuna de su marido, quien había muerto tres meses atrás debido a una rara enfermedad. Cuando al fin me atreví a declararle mis intenciones, me dijo que fuera a su casa en la noche, cuando sus dos peones se fueran. No creí que me resultaría tan fácil, pero si hablamos de deseos, los seres humanos somos tan discretos como evidentes, y lo último me resultaba encantador. Me acosté con ella la primera noche, permanecí en su casa hasta la mañana y me fui con una sonrisa: un joven triunfaba frente a los viejos sabidos que también la pretendían. Así fueron las cosas durante semanas, no me importó ser reprendido por mi padre. Me escapaba en las noches y aparecía en la cama de Gloria. Ella me recibía encantada, no me importaba la diferencia de edad, que debió ser de unos quince años, ni los sonidos de las ratas en el soberado. Tampoco me importaron los chismes que se decían de ella, no les temía a las brujas ni a las pecadoras, sería como asustarse de uno mismo.

Un novato en la puerta. Ella recibéndolo. La foto de su esposo en la pared. Una cena rápida. Los dientes masticando el camote. El agua que apaga las últimas brasas. La lámpara que los guía al lecho. La pasión y la urgencia. Mis celos. Los sueños profundos. El amanecer. El novato que al fin se va. Ella preparando el desayuno. Mi sueño profundo.

Mis padres me dieron un ultimátum, debía ir a estudiar en los próximos seis meses o me echarían de la casa, cosa seria en esos tiempos. Decidí entonces quedarme medio año y luego me despediría de mi amante, me parecía justo, así daba la oportunidad a los virolos, barrigones y narizones que intentaban cortejarla. Pasaron dos meses, ella me señalaba los días que podía visitarla, a veces me rechazaba, como si estuviera satisfecha. Creí que estaba acostándose con alguien más, aunque me juró que no y, como yo solo buscaba el pecado pasajero, no me importó demasiado. Un día, mi primo Gaspar me advirtió sobre mi amante, me preguntó si no me parecía extraño que ella pudiera manejar una finca sola, sin que se le pierdan animales o que alguien le robe sus cosechas. Aquello me inquietó, pero esa sensación me abandonó en cuanto hube pensado en su cama.

El campo nocturno. Las fronteras. El alambrado. Los frutos profusos. La furtiva criatura. Sus ojos. Su sonrisa malévolas. Sus brazos dañinos. El saco en su espalda. La primera fruta que cae en el saco. Mi gruñido. Mis patas sobre los troncos. Mi grito humano. Su sombra corriendo. La bolsa en el alambrado.

Una noche no pude ir a visitarla, me había enfermado del estómago, así que fui a verla a la tarde siguiente. Ella no me esperaba, pero me dio la bienvenida, aunque con cierto recelo, como si fuera a recibir a alguien más. Eso imaginé, pues estaba preparando una cena exquisita: tamales, un pollo asado, un par de cuyes y leche de cabra, me sorprendió que no fuera de vaca. Me dijo que alguien llegaría pero que no me preocupara, que solo vendrían por la comida, que le habían encargado prepararla. No protesté y, una vez que hubo dejado listos aquellos manjares sobre la mesa de la cocina, era hora de dormir. *La primera sensación de la noche. El olor de la cocina. La mirada al campo. La propiedad intacta. El tiempo pasando. El olor de la cocina. El molesto novato en la puerta.* Me pidió que me fuera, casi me suplicó. Yo le supliqué de vuelta, ya había anochecido. Le supliqué por su cama, pero ella se negó a tener relaciones, me dijo que estaba indispuesta, en su lugar, me ofreció otra habitación. Al final no protesté. Había aceptado su rechazo. La consecuencia fue la falta de sueño. *El novato. Su insomnio en las cobijas de lana. El hambre. Las escaleras. Mi cola meneándose. La comida abundante. La leche de cabra. Pero antes, ella.* Cuando al fin pude dormir, soñé que me encontraba en su cama, que ella gemía sutilmente, satisfecha, avergonzada. Desperté. Más tarde escuché tenues ruidos en la casa, alguien entraba a la cocina. Allí permaneció, gruñía y masticaba. *El insomnio del novato. El silencio. La comida. El insomnio otra vez. La última pieza de carne. La satisfacción.* Minutos después me dormí, pero desperté enseguida cuando escuché los mismos ruidos. Alguien subía al soberado y caminaba entre

los chaguarqueros y los sacos de granos. *El pesado asenso por la escalera. El cántaro. La sonrisa. La propiedad intacta. El sueño.* Imaginé que algún gato se había entrado a la casa, atraído por la comida y que, luego de saciarse, se había ido a dormir.

Con la mañana, Gloria confirmó mis sospechas, me dijo que no me preocupara. Mi inquietud no se fue, al contrario, creció al ver que la comida había desaparecido, pero las hojas de achira de los tamales y los huesos de pollo permanecían, no podía ser obra de un solo gato. Fingí que no pasaba nada y me fui.

Unos días después tuve la oportunidad de ir a un pueblo cercano y, cuando vi la iglesia, sentí el deseo de confesarme. El cura me aconsejó sabiamente, me recordó el noveno mandamiento, a lo que yo respondí que Gloria ya no era de su esposo, entonces me recordó el sexto. Con relación a mi inquietud, me dijo que no fuera ingenuo, que los chismes son enemigos de la verdad, pero también sus cómplices. Me recomendó que visitara la casa de Gloria cuando ella no estuviera, que subiera al soberado y revisara todo, que sin importar lo que encontrara no hiciera nada hasta hablar con él nuevamente. Así lo hice.

Ella. Yo. Mi turno. Mi odio al novato. Ella. Yo.

Unos días después, cuando Gloria fue al pueblo, forcé el candado y entré a su casa, subí al soberado y busqué sin saber lo que encontraría. Vi sacos de granos, baldes con manteca de cerdo, herramientas empolvadas, un par de sillas de montar, algunos baúles y otras cosas que no se habían usado en años. En un rincón vi un cántaro de barro, tan grande que un hombre adulto podría caber allí, su boca estaba cubierta por una tapa de madera que encajaba con los bordes. Me acerqué, quité la tapa lentamente y apunté al interior la luz de una linterna. Hubiera gritado, pero recordé las palabras del cura y me contuve. En el fondo, sobre plumas, huesos, tendones, cascarones, hierbas y telas, dormía plácidamente una criatura, no puedo describirla sin recurrir a las comparaciones. Era similar a un perro grande, al menos en el tamaño, pues su forma era más cercana a un zorro. Su cabeza alargada parecía el pico de un gallinazo. Sus ojos, grandes y saltones, ocupaban gran parte de su cabeza. Su pelo era negro sobre una piel grisácea, en su espalda pude ver las marcas exageradas de sus vértebras. Su cola, similar a un colambo, no presentaba pelaje, solo escamas repartidas aleatoriamente. No vi nada más, cerré el cántaro y salí corriendo.

El novato. Su cara de susto. Su malicia.

Al día siguiente fui a ver al sacerdote. Una vez que le conté lo que había visto, sonrió como si esperara aquello. Me dijo entonces con palabras de cura:

—Hiciste bien en venirte a confesar, muchacho. Hace años que no escuchaba un caso parecido. Ustedes los del campo crecen entre leyendas y cuentos, creen que no son ciertos porque se acostumbran a ellos. Este caso es poco conocido, pues nadie revelaría sus trucos en los negocios. Lo que viste es un tutapuri, un demonio, si quieres llamarlo así, nacido de las cosas más repugnantes. Un ser que solo tiene un propósito, bueno, dos: cuidar y satisfacer. El primero busca vigilar las propiedades de su dueño, sobre todo cuando este no puede hacerlo. El segundo, en cambio, sucede en el mismo lecho. Por eso es sencillo perdonar tu pecado, pero no el que te voy a revelar a continuación. Para dar vida a un tutapuri son necesarios ciertos ingredientes: un huevo de gallinazo, un pedazo de piel de serpiente, plumas de diversas aves que ostenten el color negro, chantes para dar forma al lecho, un cuerno de chivo, las hojas de las plantas que quieres que vigile, el pelo o plumas de los animales que quieres que cuide, un poco del cabello del dueño y, por último, semen o sangre, dependiendo de las intenciones. Si es hombre quien le da vida, entonces necesitará de su semilla, y si es mujer, de su sangre mensual. Dicen que luego se debe colocar el huevo en un vaso, después se vierte el semen o la sangre y se lo deja reposar por tres días, así el huevo se fecunda. Enseguida se coloca el huevo en un cántaro, en el lecho previamente preparado. Se cubre la entrada y se deja empollar por un mes. Entonces nacerá el tutapuri, una criatura similar a la que viste. Habrás deducido que su sexo depende del semen o de la sangre, entonces podrá complacer a su dueño o dueña, en este caso imagino que es un macho. Podrás inferir lo que eso significa. Y ahora solo puedes hacer una cosa: matarlo. Te dije que es un pecado terrible, por eso debes ayudarme, en nombre de Dios. Sé que esos demonios solo comen cada quince días, mientras tanto es difícil tomarlos desprevenidos, pues están fuertes y decididos a devorarte si los desafías. Debes aprovechar cuando están débiles. Te daré agua bendita y un látigo bendito también, está hecho de cuero de vaca, de esos animalitos que estuvieron en el pesebre del niño Jesús. Nada puede contra eso. Debes esconderte y esperar a que baje a comer, entonces le arrojarás el agua bendita y lo golpearás con el látigo hasta matarlo. Otra cosa, debes saber que perderás a tu amante, no creo que pueda perdonarte.

Así lo hice. Regresé a casa con la bendición del sacerdote y mi alma pura después de la confesión. Calculé que se cumplieran quince noches desde la última comida y la visité otra vez. Fui temprano, le dije que no podía quedarme. No insistió. Me despidió y volvió a la cocina, la cena debía estar lista. Regresé una hora más tarde, con una linterna, el agua bendita y el látigo y, una vez que Gloria se hubo ido a su cuarto, me escurrí a la

cocina y esperé pacientemente tras un tronco que contenía un molino. Recé al menos diez avemarías para temblar menos. No funcionó.

Mis ojos abiertos. Mi estómago retorciéndose. La respiración molesta del novato. Su aroma. Mi deseo de asustarlo. El hambre inexcusable. El olor de la comida. La hora de la cena. Pero antes, ella.

Escuché sonidos en el soberado. Me preparé para la llegada del monstruo, pero no vino. Oí los gemidos de Gloria, a ratos eran gritos de dolor y luego de placer, cuando cesaron, me encomendé a Dios con todas mis fuerzas. *Ella. El aroma del novato. Ella.* Lo que imaginé me pareció repugnante, el sabor de la comida del mediodía alcanzó mi garganta. Esperé una hora, hasta que Gloria se vino, lo supe por su vigoroso grito, entonces escuché unos pasos que se acercaban y descendían por las paredes. Era la criatura. *El aroma del novato otra vez.* Cuando percibí que estaba sobre la mesa, abrí el frasco del agua bendita, encendí la linterna y corrí hacia la criatura. *Sus pasos. El sabor de la carne. Mi pelo erizado.* Allí estaba, saboreando ya una pierna de pollo. El agua lo alcanzó en la espalda, se extendió por su pelo negro y bajó hasta su miembro, todavía erecto. *Dolor. Dolor. Su cara de malicia. Mi piel.* El monstruo gritó, se retorció entre los tamales y la fritada, vi que su pelo comenzaba a desprenderse, como si le hubiera echado agua hirviendo. *Dolor. Vida o muerte.* Cuando intentó incorporarse, el primer latigazo lo alcanzó en el cuello, el segundo le quemó las caderas y el tercero dejó al descubierto sus vértebras. *Dolor. Muerte. Venganza. Ella. El novato. Su cara de malicia.* Los diez siguientes lo destrozaron, me detuve cuando Gloria llegó a la cocina armada con una carabina.

No creí que fuera a dispararme, pero lo hizo. La bala me rozó la pierna, yo respondí con un latigazo, pero no la alcancé. Salí de la cocina mientras ella colocaba el siguiente cartucho, cerré la puerta y amarré las argollas con el látigo. Volví a mi casa ayudado de mi linterna, llegué al amanecer, con la camisa amarrada alrededor de la herida. No confesé a mis padres lo sucedido, mentí en su lugar, les dije que mientras regresaba me confundieron con un ladrón. Cosa que creyeron fácilmente.

No volví a ver a Gloria y, un par de semanas más tarde, ya me iba a Loja, decidido a estudiar la universidad.

Mi otro nacimiento. Mi cuerpo volviéndose fuerte. Paciencia. Venganza. Primero ella. Luego él.

En los años siguientes, volví pocas veces a mi tierra. Gloria siguió con su vida como si nada hubiera sucedido. Imagino que engendró a un nuevo tutapuri, porque nunca

volvió a casarse y sus posesiones siguieron intactas. Ayer me enteré de que había muerto. Dicen que enfermó, que mandó a llamar al cura y que este no había arribado a tiempo. La hallaron muerta en su propia cama, sin ropas, dispuesta a entregarse al primero que llegara. O quizás ya lo había hecho.

Ahora él. Ya estoy cerca.

Los caos

Es bien sabido que la Biblia condena el adulterio, incluso con la muerte. Es un pecado que rompe con las promesas de Dios y de la esposa o esposo. Pero si es una falta tan terrible, ¿Dios puede perdonar a los culpables? Preguntadle al rey David, él pagó su pecado con la muerte de su hijo. Si una persona tan importante no pudo librarse del castigo, ¿qué les espera a aquellos humildes desgraciados que cometen adulterio sin temor a nada? Quizás vayan al infierno, a menos que se arrepientan. Dios sabe que no son dignos de confianza, por eso los deja a merced del mal, bueno, como a todos nosotros.

Yo, un contador de cuentos, un fantasma nada más, creo que la mentira es el cuarto pecado de la humanidad. El primero es la bien conocida desobediencia en el jardín del Edén; el segundo es lo que Caín le hizo a Abel; el tercero es lo que un descendiente de Caín hizo con su propio hijo: se alimentó de él y encontró goce en ese acto; el cuarto, el menos terrible, pero a su vez el causante de todos los demás, es la mentira. Entonces, ¿no ha de castigar Dios el engaño a la persona que uno ama? En el sur del Ecuador y norte del Perú creen que no, pues los adúlteros parecen burlar el castigo con frecuencia. No sabemos lo que sucede con ellos en la muerte, por eso hemos de hablar de lo que les sucede en vida.

A veces se cree erróneamente que la ciudad ostenta los peores males, sin embargo, en el campo, en esos sitios apartados, sin luz eléctrica ni teléfonos, el mal también habita con orgullo, pero con un poco menos de ruido, pues el paisaje desolado rara vez esconde a testigos. Los adulterios, asesinatos, la violencia en todas sus formas, incluso la brujería, ocurren en los caminos, en los maizales, en alguna quebrada, en la oscuridad de los alrededores de una fiesta popular, en la visita de los padres al pueblo mientras sus hijos se quedan solos en casa a merced del mal que corre libremente por el aire rural. Soy un forastero con buenos oídos, escucho los decires de la gente y los memorizo. Por eso conozco esos males. Pero a veces la imaginación es suficiente para sentir náuseas o maravillarse con los pecados.

Todas las gentes que habitan esos lugares creen que tanto Dios como el Diablo castigan. El primero negándoles la entrada al paraíso y, el segundo, con la alegría de recibirlos. Pero antes de llevárselos, ya sea el uno o el otro, les dejan probar un poquito de su contraparte, para causar la ambivalencia necesaria que tambalea los nervios de los justos y de los pecadores. Así, el que cumple los mandamientos recibe el mal de sus

prójimos, y el pecador prueba la dulzura del placer que pronto será amargura. ¿Qué sucede entonces con los adúlteros? Su pecado los divierte y eleva, pero nada bueno puede surgir de semejante falta. Los pobladores de la frontera creen que el fruto de esa unión infame son dos engendros espantosos, mascotas del mismo demonio. Ellos cuentan que cuando una pareja de adúlteros se une, da a luz a dos “caos”, criaturas que replican la aberración del pecado, a veces también se cree que son ellos mismos convertidos en monstruos.

El caos es descrito como un animal volador, similar a un murciélago, pero del tamaño de una gallina, tiene cola de serpiente, cabeza de zorro y trompa de cerdo, por lo que articula sonidos similares a este. Su piel es humana, dicen que combina los matices de los adúlteros. La gente los ve por las noches, dicen que vuelan y chillan, a veces aparecen en los techos, pelean y se aparean, quien sabe lo que sale de esa fecundación. Siempre van de dos en dos, pegados como perros que copulan, andan al mismo ritmo, pero se retuercen cuando existe un desacuerdo entre ellos. Es muy común encontrarlos bajo los gallineros, pues se alimentan de la mierda de las aves y se revuelcan en ella para lamerse después el uno al otro. De vez en cuando también se comen una gallina.

Se dice que de lejos son inofensivos, pero pobre de aquel desgraciado que se los encuentre de frente o los provoque. Su mordida no es mortal, pero la herida nunca sana, permanece en carne viva hasta la muerte. Quienes lograron salir ilesos de esos combates comentan que lo único que los separa y aleja es un látigo de cuero de vaca o de mula, ya que esos animales estuvieron en el pesebre del Mesías. Por eso cuentan que un día, un tal José, apodado Cuchara vieja, al verse atacado por una pareja de caos, se refugió entre un grupo de vacas que dormían, acto que le salvó la vida.

Uno de los hechos más terribles relacionados a los caos sucedió cerca de Jimbura en 1987. Dicen que una mujer de treinta y dos años, Ana Jiménez, casada con Humberto Gaona, apodado el Soldado, engañó a su esposo con un forastero que vendía productos medicinales. Humberto la perdonó, eso dicen, pero que ya no la quiso como antes y cada vez le prestó menos atención. Entonces Ana, que ya había probado el adulterio y le había resultado deleitoso, comenzó a acostarse con otros hombres casados. El pecado era tan frecuente que ni los campos despoblados o la misma noche pudieron ocultar el vicio. Quién sabe con cuántos se había acostado, quién sabe cuántos caos nacieron de esos encuentros tan infames, o cuántas veces se convirtieron en aquellos monstruos. La gente los veía cada noche, parecía que todos nacían en lugares distintos, pero que pronto se iban acercando a la casa de su creadora, siempre pegados de dos en dos. Dicen que Ana dio a luz a tantos caos que pronto estos se pusieron de acuerdo en vivir con su madre. Hicieron

nidos cerca de su casa y por las noches jugaban en el tejado y en los patios. Humberto, incapaz de perdonar aquello, tuvo que salir huyendo a la casa de su hermano. Ana se quedó sola por una semana, tiempo que tardó su marido en sentir compasión, entonces volvió armado con agua bendita, un rosario y el famoso látigo de cuero, arrancado de una vaca blanca, pues decían que su efecto contra el mal era mayor.

Humberto llegó a la casa en la mañana, le pareció tan desolada como si se hubiera ido por unos cinco años. No vio ni a las gallinas, solo encontró sus plumas coloridas por todas partes. Abrió la puerta y entró al dormitorio. Dicen que Humberto gritó como un condenado, que apenas pudo mantener un hilito de sangre saliendo de su corazón. Vio a su esposa postrada en la cama, casi desnuda, rodeada por al menos veinte pares de caos que se turnaban para lamer sus heridas abiertas. Vio también los restos de las gallinas, algunas todavía aleteaban, otras eran ya solo huesos, incluso sus pollitos. Humberto no dudó, tomó el agua bendita y la derramó por todo el cuarto, las gotas alcanzaron a los caos que, enfurecidos y decididos, encararon a su atacante. Este, enfurecido y decidido también, soltó un latigazo que alcanzó el morro del monstruo más próximo, el golpe fue tan energético que desgarró su piel y lo separó de su acompañante. No paró de dar latigazos en todas direcciones, ningún caos se le acercó, huyeron volando, saltando, arrastrando sus alas rotas y sus vísceras convulsas. Al final no quedó ninguno, en poco tiempo abandonaron la casa y sus alrededores. Humberto esperaba que, como un acto de justicia, las heridas de esas criaturas fueran incurables también. Una vez que se aseguró que ningún caos anduviera cerca, volvió con su esposa. Agonizaba, pedía perdón por lo sucedido, rezaba y lloraba por el dolor. La cuidó hasta el día siguiente, ella le agradeció tal compasión y prometió ser mejor esposa. Humberto no sabía qué hacer, pensaba en las heridas de su mujer, sabía que no sanarían, cosa que lo desanimó profundamente, mas, incapaz de encontrar una solución por sí mismo, dejó a su esposa al cuidado de su cuñada y se fue a Amaluza a consultar el caso al sacerdote.

Este, luego de confesarlo, le dijo que nada podía hacer, que ella estaba condenada de cierta forma, pues su pecado era mortal. De todas maneras, le aconsejó que la quemara en vida, entonces quizás Dios se apiadaría de ella, pero que antes debía escuchar sus pecados. Desalentado, Humberto regresó a casa, reflexionando todo el camino. Creo que todos podemos imaginar su dolor, aun si ya no amaba a su esposa como antes. Somos humanos, podemos sentir, incluso lo que se transmite en este lenguaje. Pregúntaos entonces si Ana se merecía perdón, si la compasión era justa; preguntaos si Dios podría respetar su vida como lo hizo con David, con Caín; preguntaos si podría perdonar sus

pecados como lo hizo con María Magdalena; preguntaos si merecía una segunda oportunidad.

Como veis, los males están en todas partes, ignoran la distribución humana de sus artificios. Es cierto que las gentes del campo sufren de distinta forma, temen a otras cosas, tienen otras necesidades, y los ciudadanos, mientras tanto, creen que esos males son ficciones, aunque los cometen a diario: son verdugos y víctimas. Pero incluso el más hipócrita puede comprender lo que sentía Humberto mientras regresaba a casa, con una funda del pan favorito de su esposa, con más dudas que esperanza. Somos humanos, nuestras emociones se pesan en la misma balanza y concluimos que no somos tan distintos. Entonces decidme: ¿se merecía Ana el perdón de Dios? Respondeos a vosotros mismos, mientras tanto yo les contaré el final de la historia.

Dicen que Humberto, una vez que su esposa comió todo el pan que quiso, preparó una hoguera en medio del patio y la colocó sobre la leña. Ella no se resistió, pues el dolor del cuerpo era tan fuerte como el que le causaba la idea de que sus heridas serían eternas. Escuchó sus pecados y esperó paciente hasta que su esposa no dijo nada más. Entonces encendió la llama y la vio arder, ella no dejó de rezar ni un instante, él tampoco.

Dicen que Humberto permaneció mirando las llamas hasta que se extinguieron. Entonces, cuando iba a entrar a la casa, vio que de las cenizas salía volando una paloma blanca y que subía al cielo.

El cambiapielos

Nadie supo por qué el prisionero accedió a hablar conmigo, pues había callado para todos. Nadie le sacó una palabra, ni un gruñido siquiera. Lo habían capturado dos semanas antes de que yo regresara a mi tierra. Su culpa era solo una pista, un vínculo con un caso muy particular: un hombre que fue devorado por su burro en su propio establo. Horacio Gaona se llamaba la víctima, un viudo solitario de sesenta años que vivía en su rancho acompañado de sus animales, entre ellos su burro. Un día, en una fiesta desarrollada en la frontera, a orillas del río que divide a Ecuador y Perú, don Horacio bebió demasiado. Se unió a un grupo de amigos que continuaron las celebraciones hasta la semana siguiente, se olvidó de su casa y de sus animales. Al sexto día regresó con una botella en la mano. No alcanzó su dormitorio, se dirigió al establo, abrió la puerta y cayó dormido. A la mañana siguiente, una de sus vecinas, Gloria Peña, lo visitó y descubrió la escena: el burro se había postrado al lado de su dueño y masticaba con viveza la dura piel del anciano. De la carne se escurría el color de la sangre y caía dulcemente hacia el hueso, allí donde Horacio había tenido su cara.

El burro fue apresado y encerrado en el establo de la vecina. Escapó a la noche siguiente. La Ronda comunitaria siguió sus huellas por medio día hasta una cueva donde encontraron al hombre, hoy prisionero, que se vestía de prisa mientras sudaba. Este no había dicho nada, evitó todas las preguntas, sus perseguidores lo aprehendieron de todas formas. Desde entonces no había hablado, nada parecía perturbarlo. Fue encerrado en el sótano de la casa de don Floro Jiménez, apodado Caderas de mono. Ningún agente de la ley había ido a visitarlo, no les importaba un desconocido. Las preguntas no cesaron, todos los vecinos querían saber lo que había sucedido con el burro, un animal demasiado valioso, incluso con tremendo crimen en sus alforjas. Poco a poco, el hombre se volvió un fenómeno. Su aspecto antropomórfico no fue suficiente para defender su inocencia. Quienes lo vieron dicen que les ha parecido distinguir en su figura a un centenar de animales.

—Unos días se arrastra —decía uno de sus carceleros—, en otros parece sacudir las manos, por las noches mira las sogas que lo atan y trata de morderlas.

El primer día de su encierro se había desnudado y revolcado en sus ropas mientras murmuraba alguna canción, fue la primera y la última vez que intentó decir algo. Desde entonces lo ataron con más recelo y no dejaron de vigilarlo.

Al tercer día de mi llegada, fui a contemplar al fenómeno. Quienes lo custodiaban me dejaron entrar con una advertencia y un pedido, casi una imposición. Había iniciado mis estudios de Medicina en la ciudad de Loja y esperaban que eso sirviera de algo, que le prometiera ayudarle con su salud y que lograra sacarle una palabra, un nombre, no el suyo, sino el del lugar en donde se hallaba el burro. Entré al sótano con cierto temor, debía comprobar la imagen que la gente había construido del desgraciado. Era un hombre de unos cuarenta años, calvo, vestía simples ropas andrajosas. Lo habían atado a un pilar del rincón. Su mirada no reflejaba las emociones con facilidad, sugería demasiadas, no pude elegir ninguna. Evité el contacto con sus ojos y esperé a que al menos moviera un dedo. No lo hizo. Frente a mi fracaso, los desconfiados guardias, antes agricultores y peones, me apuraron a salir, nadie permanecía demasiado tiempo con el desgraciado. Insistí en quedarme un rato más. Sabía que era difícil ignorar una mirada que se prolonga hasta el ridículo. Una vez que los guardias accedieron, me senté en el piso de tierra y esperé frente al acusado, me atreví a mirarlo con una frialdad impasible. El también evitó encontrarse con mis ojos. Pasaron veinte minutos y no hablaba, pero yo no aparté la mirada hasta que el hombre se rindió.

—No eres de aquí —me dijo con los ojos en el suelo. Su voz, reprimida por demasiado tiempo, ignoró los timbres de la normalidad, temblaba.

—Lo soy, pero he vivido lejos por muchos años.

—Al igual que yo—. Su mirada se dirigió a la puerta.

—Creen que usted sabe dónde está el burro. ¿Por qué no les dice la verdad?

—Esta gente cree cualquier cosa, pero si les digo lo que sé, les habré dado razones para quemarme o traer a un cura para que me confiese, ya sabes: agua bendita, escapularios, una oración con palabras en latín mal pronunciadas, no quiero eso.

—¿Entonces tiene algo que ver con el burro?

—Tristemente así es, y no puedo devolvérselo.

—¿Ha huido?

—Se desvaneció, se volvió polvo.

—No entiendo.

—Diles que no he visto a su burro, que yo dormía en la cueva, que el animal pasó cerca y se fue. Diles eso y, una vez libre, te contaré mi historia.

No lo liberaron. La esposa de don Floro, Erlinda Troya, echó a todos de la casa y se dedicó a vigilarlo por su cuenta. Pasaron los días y nadie supo del desgraciado. Si este no conocía el paradero del burro, a nadie le importaba, excepto a mí. Tres semanas

después, los vecinos comenzaron a olvidar lo sucedido, no sin antes murmurar un centenar de cuentos sobre las intenciones de Erlinda. Al final, ella no era una santa.

Por varias ocasiones intenté hablar con el desgraciado, pero ya no recibía visitas y don Floro y su esposa comenzaron a manifestar que lo habían liberado. Todos volvieron a sus vidas normales, aunque yo esperé pacientemente por dos semanas hasta que tuve la oportunidad. Me negaba a abandonar esa historia, me había interesado porque ciertamente aquel hombre sufría de alguna patología.

Un domingo, cuando la pareja se dirigía al pueblo para escuchar la misa y comprar víveres, me dirigí a su casa. Me deslicé por un agujero del techo que abrí al mover media docena de tejas. Una vez dentro, corrí al sótano, pero la copiosa cerradura de la entrada no cedió. Sin embargo, mientras cavilaba sobre las posibilidades, la puerta se abrió lentamente, la cerradura pareció caerse sin motivo. Entré con recelo, intentaba mantener mi mente vacía, luego buscaría las explicaciones. Encontré al hombre amarrado al mismo lugar que antes, conservaba sus ropas, una vasenilla casi llena se hallaba lejos de su alcance.

—¡Ellos saben lo que soy! —exclamó sin vacilar—. Lo saben. Lo han adivinado desde el principio, ellos no querían al burro sino a mí.

—¿Quién es usted?

Me miró, vi desesperación en sus ojos.

—Un penitente. He cometido el tercer pecado de la humanidad y también el segundo, es necesario para el tercero. Antropófago, caníbal, comehombres, maldito... demasiados apelativos. Mi nombre de nacimiento es José García, el nombre de un santo, ¡qué ironía! Soy del norte, nací cerca de la capital en 1947, pero me crié en Loja, en un barrio cercano a un bosque. Desde niño sentí un interés por la sangre. Nunca me abrí una herida a propósito, pero disfrutaba de ellas cuando sucedía algún accidente. Unos años después, mientras jugaba con mis amigos, descubrí cierto placer en morder sus carnes. Fue divertido al principio, pero un día mordí tan fuerte a una niña que sus padres tuvieron un duro encuentro con los míos. El resultado fue una reprimenda hasta sangrar, ¡vaya placer! Le pedí a Dios que detuviera esos deseos, pero solo aumentaron con los años. A los veinte cometí el crimen que me llevó a refugiarme en estas tierras olvidadas de las grandes carreteras, de la luz deslumbrante de los bombillos y de la ley que condena o alaba a los desprevenidos. Era una tarde de marzo, comenzaba a llover. Jugaba en un callejón con mi amigo Francisco, cuatro años menor que yo. Mientras se jactaba de su particular salto, tropezó y cayó sobre unas rocas. Su rodilla sangraba, apenas podía

levantarse. Me pidió que lo ayudara a llegar a su casa. Lo cargué en mis hombros y comencé a caminar. Unos minutos después, movido por un deseo, casi una locura cegadora, dirigí mis piernas hacia el bosque. Francisco no entendió lo que sucedía hasta que lo coloqué bajo un árbol y le dije que yo trataría su herida. La lluvia lavaba la sangre pálida, ¡vaya desperdicio! Tomé una roca y se la clavé en la sien. Una vez satisfecho, corrí desesperado con una turbulenta culpa en mis entrañas, allí donde la carne tibia se revolvía gloriosa. Alguien debió habernos visto porque, cuando regresé a mi casa, la policía había cercado el lugar. Abandoné la ciudad y, en poco tiempo, llegué a la frontera, atravesé el río y me dirigí al Perú, unas semanas más tarde había llegado a Ayabaca. Allí viví cerca de dos años, trabajando para un comerciante.

»Un día intenté llevar al hijo de mi patrón, de apenas dos años, al mismo final que a Francisco. Pude contenerme. En su lugar devoré la carne cruda que se escurría al sol, estaba seca, ¡vaya decepción! Unas semanas más tarde, mientras regresaba de un pueblo cercano, me dirigía a una pequeña, deseaba un poco de agua. Solo encontré a tres niños menores de diez años. Les pregunté sobre su padre o madre, dijeron que habían salido.

»—Se fueron a cazar —decía el mayor—, mi papá puede convertirse en cualquier animal, cuando queremos carne se vuelve un león o un gavilán y nos trae comida. Nosotros también podemos convertirnos en lagartijitas.

»A continuación, se desnudaron, se revolcaron en sus ropas mientras murmuraban alguna oración y se convirtieron en pequeños reptiles que dieron una vuelta alrededor de la casa, luego regresaron a sus ropas, se revolcaron en ellas y volvieron a ser niños. Apenas podía creerlo, la sed se había ido y en su lugar una idea atroz afloró, casi como un impulso inducido por la maldad más terrible. No te diré, por respeto a la inocencia que he pisoteado, los detalles de la manera en la que conseguí su secreto. Luego busqué los ingredientes para una invocación, me aseguré de recordar las oraciones y de identificar el lugar exacto en el que la cabra vendría. Sin testigos, sin arrepentimientos, así lo hice.

»Unos días después, ya había hecho un pacto con el diablo. Me incliné delante de la cabra y el miedo a pecar se desvaneció. Podía convertirme en el animal que quisiera y saciar mis deseos con facilidad. Si un león atacaba a un niño, culpaban a todos los leones. Nadie me perseguía porque, una vez satisfecho, volvía a revolcarme en mis ropas y era tan solo un hombre extranjero, un predicador al servicio de Jehová que intentaba extender el Evangelio. Así me gané la confianza de ambas fronteras, crucé el río miles de veces, a nado, flotando o volando. Cada vez que devoraba la carne de un humano intentaba hacerlo con un animal diferente, el placer era inimaginable, imposible, infinito. A veces me

convertía en un insecto y me escurría dentro de los ataúdes de los difuntos y me saciaba con la carne una y otra vez, tenía un cuerpo solo para mí, podía elegir la parte que quisiera. Pero también sentía mis deseos de hombre, espiaba a las jovencitas mientras se bañaban en los ríos, me acercaba convertido en un cangrejo o libélula y contemplaba sus partes, en ese momento no deseaba su carne, solo el recuerdo para mi placer solitario. Me saciaba con mirar, pero el hambre no se iba ni con las más succulentas imágenes sobre la carne y la sangre.

»Así viví por años. Demasiada gente murió, pero culparon a la naturaleza: la picadura de una serpiente venenosa, de una avispa o un escorpión, el ataque de un perro salvaje, de un león, o el empujón de un chivo hacia un precipicio; entonces era el gallinazo que devoraba la carne desparramada en las rocas. Fui feliz. Pude haber robado los tesoros más valiosos, pero me conformaba con la carne. Todo era perfecto hasta que el diablo comenzó a jugar conmigo, no me daba lo que quería, me convertía en otro animal ajeno a mis propósitos y tenía que arreglármelas de cualquier forma. Era divertido, pero me ponía en peligro. En una de esas bromas me convertí en un burro. Días antes ya había observado a Horacio y esperaba la oportunidad para devorarlo en su soledad, pero me descubrió en esa forma y me encerró en su establo, no pude huir por mi cuenta. Siempre había sabido que cada transformación significaba aceptar las ventajas, pero también las debilidades. Nadie reclamó al burro y el anciano se lo quedó. Me trató como lo que era: una bestia de carga. Al final no opuse resistencia. Incluso accedí a aparearme con las yeguas de los vecinos, me encerraban con ellas, las montaba y de paso les daba unas mordiditas en la espalda. Horacio estaba feliz, le pagaban bien, a él con dinero y a mí... ¡vaya goce! Seguramente he dejado algunos hijos e hijas.

»Estuve cerca de medio año a sus servicios, no pude volver a mis ropas, revolcarme en ellas y recitar la oración; era una regla simple pero peligrosa. El viejo iba al pueblo cada domingo y volvía al atardecer, pero un día no regresó. Me dejó encerrado en el establo, quizás esperando volver al poco tiempo como acostumbraba. No lo hizo. No me había atado, pero la gran puerta de madera me mantuvo encerrado, lejos de mis esperanzas. Yo me moría de hambre, había devorado toda la paja que estaba a mi alcance, a los dos días ya no me quedaba nada. Al tercero, una gallina se metió en el establo, alcancé a saborear la carne de su lomo, pero se escapó. Ninguna cometió el mismo error.

»Horacio volvió al sexto día. Desde que escuché sus pasos, el deseo de carne humana fue incontrolable, pero tenía pocas fuerzas para luchar, se alejaría al primer mordisco. Su ebriedad fue un regalo del cielo, o del infierno en donde quiera que esté. No

me esforcé demasiado, el viejo abrió la puerta y cayó boca arriba. Pude huir y buscar agua o hierba, pero habría sido un desperdicio. Una vez que me hube hartado de su cuerpo, seguí con su cara. Mis dientes de burro desgarraron sus labios como si hubiera deseado besarlos: una muestra de agradecimiento por salvarme de mis deseos y de la muerte. Así me encontró una mujer. Antes de que pudiera escapar, cerró la puerta del establo y corrió pidiendo auxilio. ¡Qué susto le habré dado! Me llevaron a otro establo, no sin antes darme una paliza. ¡Lo que tienen que sufrir los burros! Esa misma noche me escapé. Ella no me había atado tan fuerte como mi dueño. Salté una valla y corrí por los caminos. Por desgracia, había llovido recientemente y pudieron rastrear mis huellas. Casi me atrapan, alcancé a llegar a la cueva donde había dejado mis ropas, me revolqué en ellas y recité la oración, era humano de nuevo, uno saciado y apaleado. Me encontraron sudando y nervioso, al menos ya no estaba desnudo.

»No dejaron de preguntarme por el burro, era lo que les importaba. Caprichoso y enojado, no les respondí nada. Me trajeron y me encerraron aquí. Esa misma noche intenté convertirme en un toro. Rompería mis ataduras y, una vez que hubiera asustado a mis carceleros, regresaría por mis ropas y volvería a ser yo mismo. Mis amarras de cabuya apenas me permitieron quitarme parte de mis ropas, recité la oración y esperé, pero nada pasó. Algo extraño sucede aquí, no me deja ni dormir. Le he pedido al diablo que me salve, pero parece que le asusta ni sé qué cosa de este sitio. Me ignora, al igual que Dios. La pareja lo ha adivinado todo, ellos conocen las historias, han mirado a los ojos del diablo, pero no saben la oración. La cabra no habla nunca, solo te marca. Quieren sacarme las palabras y temo que me hagan lo mismo que yo les hice a los tres niños. Quieren que hable, me castigan, me alimentan con verduras y granos, ¡qué atrevimiento tan cruel! Los vecinos seguramente creen que ya me he ido porque nadie ha venido a visitarme.

El asombro fue innegable, así como el escepticismo. La ciencia que había estudiado no cabía en la historia del cambiapielos, pero sabía qué para aquellos que han vivido en esas tierras, entre las dos fronteras, cosas tan terribles como estas son posibles, son reales.

—¿Teme morir?

—No en sus manos, otras cosas me matarán, el hambre de mi espíritu, por ejemplo.

—¿Qué desea su espíritu?

—Carne.

—¿Bastará con unas libras de carne de vaca?

—Ni con las más gordas y tiernas, necesito carne humana, su aroma, su sabor, el jugoso significado del asesinato. Pero no tengas miedo, tu olor no me gusta, por eso decidí hablarte, tu carne es tan inocente como la de un niño, pero ha perdido su dulzura, la has contaminado con alguna sustancia que abunda en las ciudades.

—No puedo liberarlo.

—¿Por qué has abierto la puerta?

—No lo hice, la cerradura simplemente se cayó.

—¡Es él! Ha escuchado mis oraciones, pero no puede alcanzarme. Creo que ahora lo entiendo. Dios ha estado aquí, ha impregnado las paredes, el suelo, el techo, no puedo escapar de la geometría, pero la puerta está exenta de su bendición.

Me rogó por al menos una hora, mis manos temblaban por el peso de la decisión.

Me despedí de él con una mirada, intenté acomodar la cerradura y salí por el mismo agujero. A nadie le conté su historia, mantuve el silencio de un confesor, o de un cómplice que pensó en liberar a un caníbal, a un alma condenada al diablo.

No volví a saber de José García. La pareja siguió con su vida, cada vez más rica. Ahora mueren en la abundancia mientras yo alcanzo la edad de don Horacio Gaona. Con relación al burro, en los años siguientes, su historia solo era un cuento para entretener a los niños y, para mí, una anécdota sobre la que discutimos con mis colegas médicos en algunas borracheras. Ningún diagnóstico nos convenció.

Imagino que José no logró salir nunca de ese sótano, al menos no con vida. Lo que lo aprisionaba, como lo supe después, era la vieja bendición a un moribundo: el agua bendita y la señal de la cruz habían alcanzado la geometría de la casa.

El oráculo

La mayoría de los vecinos sabe lo que sucedió con mi tío Bartolo, el hermano de mi abuelo, incluso algunos rezaron por él o le pagaron una misa. Unos pocos se alegraron, y casi nadie se sorprendió. Quienes se extrañaron fueron aquellos que nunca habían escuchado hablar de El oráculo, un libro de hechizos al alcance de quien pueda conseguirlo, o de quien se atreva a hacerlo. Existen pocas personas que no hayan recurrido a un brujo o un curandero, ya sea de esos que sanan en el nombre de Dios o de esos a quienes no les importa nada más que un buen pago. En dichas tierras existe un término para una cosa tan cruel y antinatural: “mal hecho”. Esta expresión hace referencia al mal causado por un brujo, aunque este es un intermediario, pues los mismos habitantes son quienes proponen las intenciones. Ya sea por amor, por odio, venganza, poder, justicia, o cualquier otra manifestación de maldad, la brujería es antinatural y perversa. La gente lo sabe y no le importa. Así, con terribles propósitos, buscan la ayuda de un brujo para causar el mal, y las víctimas, si logran sobrevivir, deben recurrir a otro brujo que les administre la “contra”.

Entonces, si acceder a un brujo es cuestión de dinero, de grandes cantidades, ¿no sería beneficioso poseer un oráculo? Pues si es tan fácil como recitar una plegaria, ¿por qué no tenerlo? Algunos piensan de esa manera, mi tío Bartolo fue uno de ellos. Él creyó que no habría consecuencias, ignoró el sentido común. Es la razón por la que las primeras palabras del oráculo no son un hechizo, sino una oración, un Credo al revés. Pueden imaginar lo que eso significa. Dicen que es un intento de persuadir a los lectores: si tienes que negar el poder de Dios, entonces estás renunciando a su misericordia.

Mi tío no tenía grandes virtudes, a excepción de sus insistentes historias sobre encuentros con duendes, muertos, fantasmas de incas y tesoros escondidos. Pocos le creían, pero ciertamente se interesaban por escucharlo, sobre todo cuando bebía aguardiente. No era una persona problemática, ni tenía muchos enemigos, por eso creo que se interesó en el libro motivado por la curiosidad o el aburrimiento. A sus setenta años vivía solo, su esposa había muerto, y sus hijos estaban lejos, uno de ellos demasiado, había sido asesinado luego de matar a un vecino partiéndole la cabeza con un hacha. Mi tío nunca reveló quien le vendió el libro, pero se cree que lo consiguió en Ayabaca, pues sus travesuras comenzaron luego de un viaje a ese pueblo. Fue con la intención de conocer al Señor Cautivo y volvió con un oráculo que desafiaba su misericordia.

La mayoría desconoce cuántas veces usó el oráculo o con qué intenciones. De lo que se cuenta he concluido que únicamente se divertía y buscaba facilitarse la vida. Era herrero, dicen que recitaba una palabra y el fuego derretía el metal en pocos segundos, o que el martillo que estaba en el patio llegaba volando hasta el yunque, o que un cerdo que se había perdido volvía más gordo que antes. En una fiesta popular, de esas que se celebran en las escuelas de los barrios, un joven, ebrio ya, se burló de la calva de mi tío, este, incapaz de confrontarlo físicamente, había dicho: “Verán que le voy a bajar el pantalón”, entonces, luego de susurrar unas palabras, el pantalón del joven se escurrió a sus tobillos. Todos se habían reído, incluso mi tío que, no pudiendo aguantar la emoción de su logro, les había bajado los pantalones a tres personas más. Otros cuentan que, cuando tenía pereza de levantarse para alimentar a sus gallinas, decía unas palabras y el maíz caía del cielo.

Hasta aquí ningún problema, parece que no hacía más que facilitarse la vida. Pero Dios no perdona que desafíen su omnipotencia, y el diablo aprovecha cualquier debilidad humana. Cuentan que mi tío, no pudiendo soportar la ira de una estafa, dijo unas palabras y un panal de abejas cayó en la cabeza del tramposo, un tal Humercindo Hidalgo. Las abejas lo picaron sin piedad, tristemente no sobrevivió a la hinchazón. Nadie supo que el culpable de tal muerte fue mi tío, pero tiempo después confesó su crimen en una borrachera, pero pocos le creyeron.

Un día, mientras mi tío regresaba del pueblo de Jimbura, tuvo la sensación de que algo le bloqueaba el camino, no supo lo que era hasta que olfateó la sangre podrida, el aroma del demonio, y sintió que se le levantaban los pelos, sospecha de que el diablo estaba cerca. Él lo sabía, así que corrió de regreso al pueblo. Esa sería una anécdota más, un encuentro con un demonio o duende, de no ser porque fue el inicio de constantes sorpresas, cada una más espantosa que la anterior. Nunca volvió a tener paz, el diablo lo perseguía en todas partes, le tendía trampas esperando que muriera. Una vez, mientras estaba en el campo, sintió el aroma de un rosal, era tan profundo y encantador que caminó entusiasmado esperando encontrarlo. No pensó en nada más que en hallar la fuente, sin embargo, como un atisbo de la lucidez perdida, desvió su mente hacia una paloma blanca que volaba cerca, entonces, al regresar al aroma, ya no lo encontró, a un paso se hallaba un precipicio, de haber avanzado un poco más habría caído: una muerte segura para un pecador. Desde ese día fue más cuidadoso, pero no fue suficiente, el diablo se las ingeniaba cada vez más, aunque no se atrevía a matarlo por su cuenta. Mi tío intentó confesarse, pero siempre que iba a la iglesia no hallaba la puerta. Otro atentado fue cuando

mi tío, en un intento por librarse del mal, hizo una peregrinación a El Cisne. No alcanzó a llegar. Dicen que un hombre se subió a la ranchera en la que viajaba, se acercó a mi tío y le dijo: “Si no llevaras ese cordón con arvejas en tu cuello te mataría aquí mismo”, obviamente se refería a un rosario. Luego el hombre se bajó y subió a la cabina. Entonces el chofer, don Silvio Troya, dio media vuelta y no paró hasta volver a Jimbura.

Mi tío comprendió que no se libraría fácilmente de sus pecados. Así que decidió confesarse fuera de la iglesia. Aprovechó que el cura celebraba la misa en una escuelita. Esperó a que finalizara la ceremonia y le rogó que lo confesara. Dicen que el cura accedió, pero que no dejó de distraerse mirando al cielo, que al final solo le dio un apretón de manos y lo dejó, nunca dijo aquellas palabras tan urgentes para mi tío: “Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo”. Con el paso de los días, el efecto de la señal de la cruz se fue desvaneciendo, o quizás mi tío se alejaba de Dios en contra de su voluntad, pues intentaba aferrarse a la seguridad de su rosario, incluso volvió a recitar el Credo, dándole la vuelta al de la primera página del oráculo. Tampoco ayudó. Mi tío dormía cada vez menos, soñaba que el rosario lo asfixiaba, y al despertar sus manos tiraban de este con fuerza.

Seis meses después del primer intento de muerte, ya cansado de las persecuciones del diablo, buscó ayuda en los brujos, primero viajó a la Amazonía ecuatoriana, luego al Perú, a Ayabaca, a Aguas verdes, pero allí donde iba, el diablo distraía a quienes podían ayudarlo. Sin embargo, en Piura encontró lo que buscaba. Entró a la oficina de un brujo muy famoso, se dejó guiar por la bandera de color verde que tanto anunciaban en las radios. En ese momento no entendió la tranquilidad del brujo, nada parecía distraerlo. Una vez que mi tío le expuso el problema, el brujo meditó un instante, no necesitó de ninguna baraja, caracol o huesos limados. Su respuesta fue sencilla: el diablo siempre reclama lo que es suyo, el pecado se halla en las oraciones, en mantenerlas, por eso era necesario deshacerse del oráculo por completo. Mientras volvía, mi tío escuchó que aquel brujo era sacerdote también, lo que explicaba muchas cosas, quizás estaba en paz con Dios y con el diablo.

Al regresar, mi tío quemó el oráculo y enterró las cenizas. Esa noche durmió tranquilo, el rosario no intentó asfixiarlo. Por una semana no hubo intentos de asesinatos, el demonio al fin parecía dejarlo en paz. Sin embargo, una noche, después de que mi tío recordara involuntariamente un hechizo, sintió la misma pesadez de antes, aquel olor a sangre, aquella sensación fría en el vello levantado. No volvió a dormir en toda la noche, con el cansancio de la madrugada concluyó que debía deshacerse de los hechizos que

había memorizado, pues recordaba casi todo el oráculo. Llegó la mañana y no se le ocurrió nada, estaba perdido. El diablo nunca lo dejaría.

Y así fue, pasaron los meses y mi tío no tuvo paz, tampoco encontró la entrada a la iglesia y quienes podían ayudarlo se distraían con el cielo. Intentó regresar a Piura, necesitaba de aquel brujo, mas no pudo, la falta de sueño y la constante preocupación habían destrozado su salud. Pronto necesitó ayuda incluso para cocinar, pero nadie pudo quedarse más de una noche en su casa, la pesadez aumentaba y de donde no se puede tener un sueño tranquilo uno tiende a irse rápidamente. Los vecinos lo ayudaron, le daban comida, pero pocos sabían los verdaderos motivos de su decaimiento, la mayoría pensaba que todo se debía a un “mal hecho”, incluso alguien se atrevió a mencionar al “chontazo”, es decir, al hechizo irremediable de un brujo que mata desde la distancia. Una hija de la hermana de mi abuela había muerto de esa forma, pues una mujer que estaba enamorada de su esposo no soportó que este se casara con otra. Pero mi tío no tenía enemigos, solo uno, con eso bastaba para desesperarse. Las oraciones no parecían ayudarlo, pensaba que Dios lo había abandonado.

Quizás el diablo comenzaba a desesperarse también, pues mi tío lo sintió cada vez más violento, pero no entendía por qué no lo mataba. Pensó que el diablo estaba seguro de su triunfo, por eso no daba el golpe final. Nadie podía borrar los recuerdos de la memoria sin morir primero. Mi tío había escuchado que a veces, cuando una persona se golpea la cabeza, tiende a olvidar muchas cosas, incluso no vuelve a ser el mismo. Sin embargo, concluyó que no era apuesta segura, pues quién sabe la fuerza del golpe, el ángulo o la dureza del objeto impactado. Entonces se acordó de un tal Enrique, un hombre al que nunca le había hablado. Dicen que era un niño normal hasta los cuatro, pero que un día agarró una botella de veneno que su padre había dejado a su alcance y bebió un sorbo. No murió, pero sí recibió daños irreparables, se volvió un retrasado, incapaz de sostener el aprendizaje humano. No pensó en tomar veneno, ya que, en la debilidad en que se encontraba, lo mataría con facilidad, pero aquello le dio una idea. La corteza de un árbol, el San Pedro, tenía propiedades alucinógenas. Algunas personas, sobre todo los brujos principiantes (o quienes se jactaban de ser uno), bebían el agua de la corteza machacada para vivir inolvidables experiencias. Pero hubo casos en los que la persona perdía la razón y nunca la recuperaba, se volvía un animal, una criatura inservible, una que solo vivía gracias a la compasión de sus familiares.

Decidido a intentarlo, mi tío dejó todo en orden, vendió sus animales, regaló otros y, cuando ya nadie dependía de él, agarró la corteza del San Pedro, la machacó, mezcló

su jugo con aguardiente y lo colocó en una botella. Dicen que desde entonces anduvo por los caminos, alucinando, llorando, gritando, narrando su historia, es gracias a eso que ahora les estoy contando sobre él. Dicen que lloraba cada vez que tomaba un sorbo de la botella y salía corriendo, pues el diablo iba tras él, en consonancia con su locura creciente. Y así se terminó la botella, con el último aliento de vida. Dicen que lo encontraron en el campo, temblando bajo un árbol, con un rosario en sus manos.

Mi abuelo lo acogió y lo cuidó. Yo vivía cerca, así que de vez en cuando lo visitaba y le llevaba alguna fruta. Él no reconocía a nadie, no podía sostener un recuerdo. Se arrastraba en el patio, comía como un animal, balbuceaba sonidos, tomaba los caminos y buscaba la compañía de los viajeros, pero a nadie le contó su historia otra vez, ya no tenía ninguna, ya no tenía nada. Murió cuando yo cumplí trece años. No vi su partida, estaba en la escuela, al regresar, ya lo colocaban en una cobija para llevarlo a enterrar. Me contaron que solo murió de repente, con la mirada en el cielo, sonriente como un niño que había cumplido su capricho, pues son pocos en este mundo los que logran engañar al demonio.

Encuentros al anochecer

Alguna vez escuché una historia sobre la creación del mundo, en ella se decía que el creador tomó un hilo y separó el tiempo, así nació el día y la noche, del capricho de un dios. Luego la naturaleza clasificó a los animales, unos vivirían en la cómplice sombra y otros en la luz del sol hiriente. Pero ¿qué hay de los fantasmas? Esos seres atormentados son un anacronismo, el álter ego de los vivos, pero sin la limitante parte material. Pueden ir a donde les plazca, siempre que sigan su condición de culpa o inocencia. Así lo creen en el sur del Ecuador. Yo nací allí, pero he vivido lejos, al norte del país. Me fui porque me dijeron que un curandero podía sanar mi espanto: de adolescente era sonámbulo y tenía atroces pesadillas. El curandero detuvo mis caminatas nocturnas, me dijo que nunca más las tendría.

La muerte de mi padre me había traído de vuelta a esas tierras, pero no me quedé mucho tiempo, no después de lo que viví en compañía de la noche naciente. Aquí les relataré un encuentro con aquellos trofeos de lo divino.

Atardecía de prisa. Yo volvía a casa de mi madre después de una visita a un pariente, debía seguir un camino tan accidentado como impreciso, pues se bifurcaba a cada kilómetro. Un tramo atravesaba una pequeña colina, una pampa dirían los lugareños, pues apenas vi media docena de arbustos y una alambrada. El camino era ancho, cabría un automóvil sin problema.

Era un atardecer frío y denso, la brisa era una con las sombras que cada vez perdían sus detalles. “El diablo está en los detalles”, recordé aquella frase de un libro anónimo. Era una de esas agonías de la tarde que pueden resultar en una cosa u otra. Para mí no era más que la recurrencia acostumbrada en la memoria de haber vivido tantos años en el campo. El sendero estaba marcado sobre la colina, al aire libre, y alejado del calor y del refugio de alguna casa habitada, la más cercana se hallaba a medio kilómetro, allí vivía Inés Pintado, una anciana que tenía la fama de ser la única partera en todos los barrios vecinos. Iba solo. El cielo despejado se volvió púrpura, marcado por las nubes serpenteantes. En el horizonte, un color rojizo devoraba las montañas, las primeras estrellas brillaban similares a diminutas llamas en la brisa celeste.

De pronto regresé la mirada ante el frío creciente y el olor a sangre podrida que me llegó en ráfagas.

Por donde había venido, vi una sombra grande y trémula, parecía un caballo negro que caminaba a paso lento. Jadeaba. Estaba ensillado. Las riendas se dividían en tres, eran sujetadas por figuras que parecían perros, negros también, una cuerda para cada uno. Me sentí confundido, no entendía tal manifestación, supuse que era alguna especie de broma o una muestra de la inteligencia de los animales. Aquella idea se esfumó a medida que las bestias se acercaban. Una extraña claridad rodeaba el inesperado espectáculo. El caballo sangraba en el costado derecho, donde nacía su brazo. Su cabeza estaba hinchada, su deformidad era exagerada, imposible. No tenía ojos, solo cuencas vacías que también sangraban, no me había dado cuenta de que llevaba un jinete encorvado, vestido con andrajosas ropas negras. Este agarraba en su mano un afilado cuchillo que lo retorció en la herida de su montura, la cual dejaba escapar tenues lamentos que se extinguían con la brisa. Los perros ardían, pero eran llamas oscuras, más parecían bruma, también llevaban múltiples heridas. Sostenían las cuerdas en sus bocas y halaban con violencia forzando al caballo a avanzar y, en intervalos, uno de ellos se levantaba en dos patas y murmuraba alguna frase, media humana, media animal.

Yo era parte de ese paisaje, sudaba y temblaba, mis cabellos se levantaron y el olor a sangre se volvió insoportable. Corrí sin regresar la mirada. Ya había anochecido completamente. Más adelante, el camino se dividió en dos, no me detuve a pensar, tomé el de la derecha y seguí. Me tropezaba, caí una docena de veces, no sentía dolor ni cansancio, solo la desesperación por encontrar un refugio, la casa de Inés quizás. Nunca llegué, había tomado el camino equivocado, debí correr por al menos un kilómetro más. Así llegué a la casa de Patricio Abad. Sin pensar en lo que me encontraría ahí dentro, salté una cerca, crucé el pequeño patio y entré como lo haría en mi casa. Enseguida me hallé en una sala reducida y sucia, con bancos de troncos torcidos y una chimenea ennegrecida por el humo. Vi a la familia de Patricio que disfrutaba de la cena: él, su esposa y un niño pequeño. Se estremecieron al verme, mi aspecto debía ser terrible. La mujer y el niño gritaron, pero el hombre se levantó desafiante y clavó una dura mirada en mí.

—¿Está usted loco?! —gritó y agarró lo que estaba más cerca de él, una pala vieja.

—Vi... Vi. —Tenía la voz entrecortada y congelada por el horror—. Un jinete..., un caballo... perros.

—¿En dónde?

—Cerca de la casa de doña Inés.

—¿Está seguro? ¿Qué vio?

Le conté en pocas palabras lo que había visto.

—Debería estar muerto o a punto de morirse. —La voz del hombre se escuchó fría, soltó la pala.

—Sí. Casi he muerto del susto.

—Dicen que don Juan Jiménez, apodado “Ventoleras”, murió luego de haber visto lo mismo que usted.

—No entiendo.

—Siéntese. —Me señaló un banco de madera—. Le contaré lo que sucedió.

Así lo hice. La mujer me ofreció un jarro de agua.

—Hace tiempo —comenzó el hombre con un tono tan calmado como si fuera a contar una historia conocida—, un hombre murió sobre la colina donde vio al caballo. Dicen que era un atardecer, cinco amigos ebrios e idiotas hablaban de sus miserables vidas. Cuando cayó la noche, su sensatez también. En medio de la oscuridad, uno de ellos recordó alguna ofensa que el otro le había hecho, no pudo calmarse, nadie lo hizo. El primero hirió al otro en la espalda con una puñalita que siempre llevaba, jugueteó en la herida y los otros no hicieron nada, solo observaron. Cuando creyeron que había muerto, lo arrojaron a una quebrada y huyeron, pero todos murieron tiempo después y nadie descansó en paz. —Levantó su mirada, vi compasión en sus ojos negros—. Uno de ellos era mi cuñado. Ahora, usted puede adivinar quién es cada uno.

Me estremecí.

—El caballo es el que murió primero, el jinete el asesino y los tres perros los que solo miraron.

—Falta uno —dijo don Patricio.

—Pero me dijo que fueron cinco.

—Dicen que hay un sexto, el que disfruta del tormento de las almas.

—No lo vi.

—Está siempre detrás del que observa.

Con un estremecimiento violento me di la vuelta y miré, no había nada, solo una pared marcada por el hollín.

—No, allí no. No logrará verlo, antes de eso se quitaría la vida usted mismo. Dicen que nadie ha visto el rostro del diablo y ha vivido, dicen que es espantoso.

—No puedo seguir mi camino. —Temblaba al imaginar todas las posibilidades, ninguna me traía consuelo.

—Quédese hasta mañana.

Me prepararon una cama en una bodega, allí donde guardaban los granos y las botellas de aguardiente, pues la familia se dedicaba a comercializar esas bebidas.

No podía dormir, el miedo no me dejaba. Imaginaba que en cualquier momento la puerta se vendría abajo y que el diablo entraría, cual visitante que viene a reclamar lo que es suyo, vendría acompañado del caballo, del jinete y de los perros. Pero nadie llegó, me dormí entonces con el sabor de un padrenuestro.

Soñé que me levantaba de la cama y abría la puerta con apremio, la habitación parecía empujarme al exterior. Salí al patio y corrí en dirección al camino. Una vez allí, mis ojos de dormido miraron a ambos lados, dudé un instante, luego seguí la sugestiva familiaridad del sendero. Así anduve por al menos una hora, caminando a paso lento, tropezándome con las piedras y arbustos. Al fin llegué a una colina atravesada por el sendero, me detuve a descansar, sobre la hierba esperé quién sabe qué cosa. No sentía el frío, tampoco el pasar del tiempo, solo mi existencia atada a la familiaridad distante, pues nada recordaba.

De pronto percibí un movimiento en la distancia del camino. Me giré entonces y miré con mis ojos dormidos. Vi venir un caballo, un jinete y tres perros que halaban de las riendas. Se acercaban entre jadeos, llantos y risas.

Se detuvieron cerca, a unos dos metros. No sentí miedo, pues tenía la sensación de que soñaba y que pronto despertaría. El caballo resopló y se detuvo, los perros halaron de las riendas, pero el animal no se movió, permaneció quieto, incluso cuando el jinete le clavó un largo y delgado cuchillo en su lomo, allí donde comenzaba su brazo. Los perros gruñeron y ladraron, el jinete agitó sus piernas, retorció el cuchillo y gritó, pero el caballo permaneció quieto, resoplando con desesperación. Nadie se dio por vencido, continuaron hostigando al pobre animal que cada vez se veía más débil, se hinchaba y se pudría, tenía la sensación de que pronto sería un esqueleto.

—No te des la vuelta —me dijo a mis espaldas una voz sin sexo—. De lo contrario morirás.

Percibí una respiración fría en mi cuello.

—¿Quién eres? —. Recuerdo haber preguntado.

No respondió.

Los animales continuaron con su espectáculo.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Pecadores, humanos, eso.

—Ayúdalos.

—No me corresponde. El jinete y los perros son míos, pero el caballo le pertenece a Él.

Sentí un escalofrío.

—¿A Él?

—Al Verbo.

—¿Por qué se pelean?

—Estuvieron juntos en vida y no quieren separarse. Quieren ir a un solo lugar.

—¿Qué opciones tienen?

—Ninguna. Otro resultado es imposible. Lo que pueden hacer es dividirse, así podrán seguir sus caminos.

—¿Por qué no lo haces?

—Cuatro son míos, pero el otro no. Él lo reclama.

—Entrégaselo.

—Hazlo tú. Escucha sus pecados y repítelos a uno de esos curas.

—Los perros no dejarán que me acerque, ni el jinete.

—Ya te lo dije, ellos son míos, me obedecen. Me los llevaré, y puedes venir vos también.

Quien hablaba se alejó, el aire frío se fue con él. Luego escuché un murmullo, entonces los perros agacharon la cabeza y se acostaron, el jinete dejó el cuchillo y miró a un lado. Me acerqué, mis pies tropezaron con las piedras. Una vez que hube llegado, el caballo dirigió su mirada hueca hacia mí.

—Confiesa tus pecados —le dije—. Se los llevaré a un cura.

El caballo no se movió, su quijada desnuda era una sola pieza con el resto de su cabeza hinchada, pero escuché su voz en el lenguaje de los sueños.

Sus faltas no eran graves, enumeró pecados veniales, de esos por los que el cura únicamente exige rezar unos padrenuestros como penitencia. La ofensa por la que su compañero le clavó la puñalita fue una inocentada más bien. El ahora muerto había bromeado sobre la legitimidad del hijo de su amigo, pues este únicamente había tenido hijas, y se decía que su mujer se había acostado con otro para tener un varón.

Una vez que hubo confesado sus pecados, el caballo meditó un instante, casi puedo jurar que rezaba y que Dios lo escuchaba porque miró al cielo, relinchó y corcoveó, el jinete cayó a la tierra, pero no produjo ningún ruido. El caballo le dio un par de pisotones y se alejó al galope. Entonces sus compañeros gritaron con rabia, luego se revolcaron en el polvo y sollozaron con llantos de perro y de humano. Al final, mientras

se retorcían en una sola masa negruzca, solo fueron humanos. La masa tomó una forma vaga, mis ojos de dormido no pudieron reconocerla, pero, si tengo que recurrir a la metáfora, sería la figura de un chivo con tres cabezas de perro en su espalda y una cuarta de hombre en su trasero, y la cara de su cabeza principal, de rasgos humanos, se dirigió hacia mí y me miró por un instante que es imposible de medir en una unidad de tiempo. Si hubiera durado una partícula más, habría caído muerto allí mismo, pues mi corazón se aceleró, mi cabello se erizó y un olor a sangre podrida se esparció como una explosión muda. La figura se sacudió con violencia. Entre llantos, gritos y risas se elevó al cielo aleteando, las cabezas de la espalda eran las alas, luego cayó con fuerza a la tierra desnuda del camino. No escuché el estruendo, solo percibí el aroma de la carne que se tuesta en un fuego muy agudo.

Continué soñando, pero ya no caminaba, mis ojos perdieron la claridad a medida que el rostro del chivo se manifestaba en la memoria, similar a una herida latente, demasiado fresca como para pensar en que sanaría. No lo hizo, siguió sangrando mientras soñaba que dormía al lado del camino.

Renací en el hilo que separa la noche del día, en el capricho de la luz blanda a los ojos del desvelado. Pero no desperté como las otras veces. Imaginen que han visto al mismo diablo y no lo saben hasta que se levantan de un brinco al lado de un sendero familiar, junto a una mancha negra, donde la tierra ha ardido recientemente. Imaginen el miedo más terrible, incapaz de sentirse en un sueño, que supera a los instintos. Imaginen el rompimiento de los nervios en un solo recuerdo, en una explosión de la conciencia, en la duda ardiente sobre la veracidad del sueño. Me estremecí y grité, liberando todo el terror contenido, se me erizó la piel y sentí el acre olor de la sangre quemada. Al recordar el rostro humano del chivo me desmayé entre convulsiones.

Cuando recuperé el sentido, un par de brazos fuertes me cargaban, ya llegábamos a la casa de Inés. Me colocaron en el patio, sobre un batán de piedra. Una pareja me había encontrado, tendido sobre un charco de orina y mierda. Viendo que aún respiraba, me habían cargado esperando que Inés me ayudara. Ella no se encontraba, en su lugar me atendió su hija, quien, junto con la pareja, intentaron averiguar lo que me había sucedido. No pude explicarles, el miedo al demonio estaba latente, aflojando mis entrañas. Inés llegó una hora después, preparó un remedio con hierbas y quién sabe qué más, así calmó mis nervios, cosa que agradecí, pues pude recuperar mi cordura. Al otro día me fui de allí maldiciendo al curandero que me había prometido que nunca más tendría caminatas nocturnas.

Volví al norte una semana después, busqué a un cura y le repetí los pecados del muerto. A nadie le conté esa historia, aunque creo que con el testimonio de don Patricio algo habrán deducido. Han pasado muchos años ya, pero todavía siento vergüenza y miedo al recordarlo todo, pues, desde aquella experiencia, cuando duermo y sueño en el hilo que separa el día de la noche y la noche del día, veo al chivo, lo recuerdo en mi memoria de dormido, entonces se me aflojan las tripas y la vejiga; me cuesta tener una cama limpia. Ahora culpo a mi vejez, no tengo que dar explicaciones a nadie.

Por desgracia, de ese espanto nadie pudo curarme.

El caso de don Daniel Álvarez Burneo

La historia es abundante en contrastes, en extremos y mentiras, así como en péndulos y balanzas, de oro, plata o barro, lubricadas con aceite o sangre. En cualquier lugar del mundo, incluso en los rincones arcaicos, la naturaleza se manifiesta de manera tumultuosa: las cosas se construyen, se destruyen, se elevan o caen, se esfuman, se multiplican en las manos, en las bocas o corazones. Si hablamos de humanos esa tormenta es más bien un juego caprichoso, aunado a la satisfacción personal, a la abundancia material, intocable a veces. El mal nunca se convierte en una conclusión definitiva ni en una apuesta segura para definir a los demás, pero es innegable que las manifestaciones humanas tienden a compartir similitudes, razón por la cual se habla de pecados, recompensas y castigos.

Los sucesos deben contarse, no hay ofensa en recordar. El escritor justificará cualquier falta con la ficción, pues la literatura es la mentira más inocente, carácter que le permite deslizar las verdades entre las fantasías del lenguaje. No quiero ofender la memoria de don Daniel Álvarez Burneo. Quien me contó su caso lo escuchó de alguien más, por eso no hay culpables ni malas intenciones en narrar una historia.

Don Daniel nació en una de las familias más influyentes de su tiempo, los Álvarez Sánchez. Eran dueños de grandes comercios y haciendas. Don Daniel heredó dicha fortuna y la administró con pocos errores. Algunos lo tildaban de flexible, pues no era tan duro con sus socios y trabajadores como lo habían sido sus padres y abuelos. Pocos sabían cómo la familia había llegado a acumular tanta riqueza. Se decía que don Daniel padre y don Daniel hijo eran dueños de la mitad de Loja. A Daniel nieto nadie le dio importancia, murió muy joven y no destacó por su inteligencia, ni siquiera había aprendido a leer. Algunos comentaban que era una prueba de Dios para recordarles a los Álvarez que eran imperfectos y mortales. Otros decían que el joven simplemente no quiso aprender, ya que con toda la riqueza de su padre su vida estaba asegurada. Nunca tendría que esforzarse.

Mientras tanto, un rumor se escurría entre las clases sociales más bajas: la riqueza de los Álvarez no era de este mundo.

Siempre se habla de don Daniel Álvarez Burneo porque fue el último que administró toda la fortuna, y recibió las ganancias de un contrato firmado años antes de su nacimiento. No se sabe la fecha exacta en la que sucedió todo aquello, pero seguramente fue en los inicios de la República. Dicen que el abuelo, siendo joven aún,

anhelaba ser el personaje más importante de Loja, quería que el nombre de su familia nunca fuera olvidado, que cualquiera que visitara la ciudad escuchase hablar de los Álvarez. Lograr aquello no era sencillo. Se podía ser eterno de muchas formas, una de ellas era el arte, pero el abuelo no tenía ninguna cualidad artística, pensaba que tal vez uno de sus hijos, sin embargo, el reconocimiento debía comenzar por él. Pronto encontró la solución. A nadie le reveló sus ideas, solo se cuenta que en poco tiempo lo visitaron dos hombres vestidos de negro y le entregaron una mula cargada con plata. Con ese dinero compró su primera hacienda y pagó al primer peón. Unas semanas después llegó otra mula, esta vez cargada con oro, así obtuvo una veintena de hectáreas que enseguida comenzaron a producir. La tercera mula llegó cuando se casó y, la cuarta, con su primer hijo. Al nacimiento de don Daniel Álvarez Burneo, la familia había recibido al menos diez mulas, y también la misma promesa inicial que se transmitía a la siguiente cabeza familiar.

Pero don Daniel hijo no se dedicó únicamente a recibir las mulas y administrar la fortuna, buscó destacar en otros ámbitos, sociales y políticos sobre todo, por eso se lo considera como el más bondadoso de los Álvarez. Sin embargo, otros creen que esa benevolencia fue el resultado del miedo. Don Daniel no aceptó del todo los mandatos de su padre, incluso dicen que se opuso varias veces, pero al final terminó cediendo, pues el apellido de la familia ya era muy importante en Loja y no quería decepcionar a nadie. Y cuando llegó el momento de hablar con su hijo, se dio cuenta de que este quizás no iba a mantener la tradición. Pero de todas formas se lo dijo. No se había equivocado, su hijo no entendió nada, ni quiso hacerlo. Otros dicen que, débil como era, se asustó tanto que se quitó la vida saltando con su caballo desde un puente. Pero ¿qué era tan terrible como para empujar a un joven a la muerte? En la familia se había guardado el secreto, pero don Daniel, con la tristeza de la muerte de su hijo, fue a visitar a un cura y le pidió consejo.

El caso no es sencillo de contarse, y tampoco sería sencillo de perdonar. Su abuelo había renunciado al cielo por una eternidad en la tierra. La idea se la había dado un conocido suyo, un peruano que tenía un gran negocio en el centro de Loja, un tal Gabriel Chumacero. En pocas palabras, el abuelo había firmado un pacto con el diablo, una cosa muy común en la provincia de Loja y en el norte del Perú. La familia recibiría plata y oro, y el demonio reclamaría el alma de un pariente, al azar, sin favoritismos ni culpas. El nombre de la estirpe sería eterno, así como el pacto. La cabeza de la familia gozaría de buena salud si se respetaba el acuerdo. El abuelo había perdido a su hermano, don Daniel padre a su hija, el hijo a su esposa y el último a sí mismo. El caso de este último había

roto con la tradición, ya no había cabeza familiar, pues don Daniel hijo no tenía deseos de volver a casarse, había amado a su esposa tal y como Dios manda: para siempre.

Los consejos del cura comenzaron con un fragmento de La Biblia: “Yo pido cuentas a los hijos, nietos y biznietos por la maldad de sus padres que no me quisieron”. Según el cura, todos en la familia estaban manchados con el pecado. Los padres habían prometido a sus hijos, los habían condenado a un acuerdo con impredecibles consecuencias. Don Daniel tuvo miedo, pidió salvación al cura, pues si la palabra de Dios se cumplía no habría arrepentimiento que lo ampare. El cura, muy sabido en temas de almas condenadas y salvadas, le recomendó que se deshiciera de todas las riquezas, que se las regalara a los más necesitados y, con suerte, Dios lo perdonaría y el mundo recordaría al buen Daniel que, con todos sus pecados encima, pudo soltar la avaricia heredada de su padre y abuelo.

Y así lo hizo. Dicen que siempre fue bueno, que pocos notaron que de un momento al otro quería regalar todo lo que poseía. Sin hijos a los que heredar y con un alma que salvar, con el pasar de los meses se quedó sin nada. Dicen que en los doce años que sobrevivió a su hijo siguió recibiendo las mulas de oro y plata que inmediatamente regalaba a los más necesitados. Además, daba copiosas donaciones a las iglesias y se encargaba de las deudas de otros. Rápidamente se quedó sin sus amigos. Entenderán que el diablo, en la sombra de los poderosos, los aparta de quienes ya no son de su clase, así que todos ellos lo despreciaron. Por otra parte, sus trabajadores más fieles se negaron a abandonarlo, incluso cuando recibieron una hacienda, un terreno o un negocio como pago por sus años de servicio. Le hicieron compañía y, cuando enfermó, le buscaron los mejores médicos, pero jamás mejoró. Parecía que su enfermedad era incurable. Don Daniel, viendo que se acercaba su final, dictó su testamento y donó todo lo que le quedaba a la caridad. Esperaba que esa fortuna sirviera para fundar algún centro de ayuda social a favor de los más necesitados.

Cuentan que sus últimos días fueron muy dolorosos. Rezó a Dios con amargura, decía sentirse distante a él. Entonces se acordó del cura que lo había aconsejado, pero ya no vivía. Así que le escribió al obispo de Loja para que fuera a confesarlo, de pronto había tenido ese deseo. Quien llevó la carta apenas había llegado vivo, cuentan que sintió que alguien intentaba matarlo en cada curva del camino. El obispo enseguida se puso en marcha, unas horas después ya había llegado a la casa de don Daniel. Este lo recibió en la sala, ya que, milagrosamente, se había levantado de su lecho agonizante, incluso mostraba señales de mejoría. Don Daniel le dijo: “Sentía que moría, por eso lo fui a

llamar, pero me he recuperado, me siento rejuvenecido. Perdóneme por hacerlo venir hasta acá. Si vuelvo a empeorar yo le aviso, por ahora creo que ya me volveré a endurar”. El obispo le insistió, pero don Daniel no cedió, incluso salió al patio a caminar para demostrar que estaba bien. Pero más de uno de los empleados había murmurado: “Ese no es don Danielito”. Al final, el obispo se rindió y se fue. Una hora después, cuando este quizás ya había llegado a La Catedral, el enfermo volvió a la cama y pidió agua, se había debilitado nuevamente.

Dicen que esa misma tarde, cuando caía la noche, dos mulas llegaron a la casa, esta vez sin alforjas cargadas de oro o plata. Sus jinetes eran dos hombres vestidos de negro, muy elegantes. Pidieron hablar con don Daniel, dijeron que eran amigos suyos. Los empleados se lo permitieron. Los hombres entraron a la alcoba del enfermo. Unos instantes después, los trabajadores oyeron un fuerte grito y, cuando entraron, Daniel ya no estaba, sus amigos tampoco. Todos se quedaron mirando al agujero en el techo, a la viga ensangrentada en la que su patrón había intentado aferrarse.

¡Ay, qué riquito!

En la frontera entre Ecuador y Perú es costumbre que la gente de ambos países tenga un motivo para relacionarse: el comercio, un intercambio de productos para satisfacer las carencias. En esa trama social, dos amigos ecuatorianos, Wilfrido Jiménez y Hernán Peña, ambos casados y con dos hijos cada uno, resolvieron ir al Perú a comprar dos puercos para la fiesta de San Judas Tadeo que celebraban cada año en la casa de Wilfrido. Partieron en la mañana esperando regresar el mismo día. Era verano entonces, el río de la frontera tendría poca agua y podrían atravesarlo con facilidad. Una vez que hubieron llegado a la casa de quien les iba a vender los puercos, un tal Marcos Hidalgo, se dieron cuenta de que el dinero que habían llevado no les alcanzaría. Wilfrido dio media vuelta y prometió volver enseguida con el resto.

Cuando al fin cerraron el negocio, los dos amigos partieron con prisa, pues ya anocheecía. Más adelante se arrepintieron, la lámpara de aceite no les duraría toda la noche y los chanchos andaban demasiado lento, estaban a punto, don Marcos los había engordado durante cuatro meses. Con la medianoche fue imposible seguir, un chancho cayó ahogado en su propia grasa y fue necesario un descanso. Decidieron esperar la mañana cerca de una quebrada, a la sombra de un higuerón. Se acostaron en el suelo, cada uno enrollado en su poncho como un caracol. El sueño no le llegó a ninguno, se revolcaban en la tierra buscando el ángulo correcto para entrar en calor. Los cerdos roncaban junto a ellos.

El viento comenzó a soplar en extraños remolinos, venía desde arriba, como si se descolgara de las ramas. Luego se oyó un murmullo seguido de aleteos, hubo un instante de silencio y enseguida otra vez ese ruido insistente. Para ese momento ambos ya se habían levantado, el frío les había llegado a todo el cuerpo, temblaban. Ninguno preguntó nada, solo observaron con asombro la negrura del paisaje, no vieron más que la silueta del higuerón y la sospecha de un cielo gris. Los aleteos descendieron por turnos y flotaron raudos alrededor de ambos. Entonces el aire pareció calentarse y el frío ya no llegó a nadie. Ambos supieron lo que sucedía, era evidente, Dios no actuaba de esa manera. Antes de que pudieran hacer algo, Wilfrido fue arrastrado con violencia por una fuerza desconocida, su compañero oyó el eco de sus gritos, pero no pudo hacer más que caer de rodillas, cerrar sus ojos y rezar con toda su devoción. Repitió un rosario tras otro, todas las oraciones que se sabía, en castellano y en latín. A su alrededor, el aleteo no se detuvo,

imaginó que eran gallinazos ansiosos por devorarlo y que luego vomitarían sus carnes y entrañas en la gran boca de su amo. Recordar la fama de esas aves empeoró su situación tan miserable. Así estuvo hasta que sintió la claridad del día en sus párpados. Había rezado tanto que ya no tenía voz, solo movía sus labios al ritmo de los padrenuestros y de las avemarías, pero por dentro gritaba con todas sus fuerzas, como si pensara que Dios ignoraba el silencio.

Al fin el aleteo se detuvo, entonces pudo abrir los ojos. A su lado los chanchos seguían durmiendo. El higuerón parecía un árbol cualquiera, sus ramas proyectaban una tenue sombra, allí donde Wilfrido había dormido. Encontró su poncho a unos metros, enganchado en una rama, lo tomó y siguió adelante. Era evidente, había sido arrastrado sin compasión. Hernán siguió el rastro de su compañero, todavía recitando las oraciones, esta vez con susurros, pues comenzaba a recuperar la voz. Encontró a Wilfrido en la quebrada, dormía sobre una mancha oscura que parecía su poncho. Cuando se acercó, pudo comprobar que se trataba de tierra quemada. Su compañero respiraba, pero no abría sus ojos. Su piel estaba enrojecida, casi en carne viva. Hernán intentó despertarlo, pero solo consiguió que rechinara los dientes y se volviera a dormir. Esperó unos minutos hasta que al fin Wilfrido despertó por su voluntad. Lo primero que pidió fue agua hirviendo, pues sentía frío. Su compañero le ofreció agua de la quebrada, pero Wilfrido la rechazó con un grito. Hernán le pidió que se levantara, que era hora de irse, su compañero se negó, decía que la tierra estaba tibia y que no se iría de ese lugar, que allí se quedaría hasta que el frío se fuera.

—Me pasó su lengua cálida por todo mi cuerpo —decía Wilfrido—, pero me ha abandonado con la mañana.

Hernán se estremeció y rezó un padrenuestro en su mente. Luego le colocó el poncho a manera de cobija, pero él lo tiró lejos mientras confesaba que no era el calor que necesitaba.

Hernán lo dejó y corrió de regreso al Ecuador, se olvidó de los chanchos, así llegaría más rápido, atravesó el río y caminó sin pausa. En cuanto hubo contemplado la primera casa, gritó por ayuda, pidió una paila de bronce y el cordón bendito de San Francisco que su vecino, David Tillaguango, conservaba como una reliquia. Durante todo el camino había pensado en la forma de salvar a su amigo, y había ideado un plan, quién sabe si inspirado por los cientos de padrenuestros que había repetido.

Sus vecinos lo auxiliaron, un grupo de diez lo acompañaba de regreso, todos inquietos, la paila era cargada entre dos y el cordón era transportado por su dueño en una

caja de madera tallada. Una vez en el lugar, todos soltaron expresiones de asombro al ver a Wilfrido que, todavía acostado sobre la mancha negra, tiritaba y lloraba. Este se levantó al ver a tantos curiosos, pero no abandonó su lecho carbonizado. Hernán pidió que se improvisara un fogón y que se calentara el agua y, una vez que hirvió, ató a Wilfrido con el cordón y lo arrastró a la paila, no se resistió, al contrario, se mostró dócil, ya no hacía rechinar los dientes. Él mismo se metió a la paila, saltó al agua ante las miradas pasmadas de los curiosos que esperaban un grito de dolor, pero lo que escucharon fue una expresión de placer, una cosa imposible. “¡Ay, qué riquito!” exclamaba Wilfrido mientras se frotaba sus piernas enrojecidas que, con el calor del agua, comenzaban a tornarse blancas. Wilfrido pidió que le desataran el cordón, que ya no lo necesitaba, pero Hernán, desconfiado y temeroso, lo envolvió alrededor de su cuello con fuerza. Luego pidió que amarraran un tronco a las orejas de la paila y que cargaran con el desgraciado. Así lo hicieron, tomaron el camino de regreso ante las risas de alegría de Wilfrido. Hernán se encargó de los chanchos.

Más adelante, cuando el agua comenzó a enfriarse, Wilfrido mostró una actitud violenta otra vez, golpeaba el agua y gritaba, lo que impidió que saltara de la paila fue el cordón que parecía recordarle su miserable situación. Fue necesario improvisar otro fogón al lado del río y esperar a que el agua hirviera nuevamente. Cuando se hubo contentado el desdichado, reanudaron la marcha.

Tiempo después apareció la esposa de Wilfrido, Ana Pintado, apodada la Lectora. En cuanto supo de lo sucedido había corrido al camino. Su expresión de preocupación se apagó con el rechazo de su esposo, el cual, en cuanto la vio, se rio de ella y luego la ignoró con su demente satisfacción por el agua caliente. Ella pareció rendirse en un instante, como si aquello fuera algo ya esperado. Hernán caminaba al final de la caravana, al ritmo de los chanchos. Ana se quedó atrás también, le ayudó con uno de los animales, mas apenas hablaron. Pero en cierto punto, cuando Ana ya no soportaba el silencio, le preguntó sobre lo sucedido. Le pidió que le contara todo, Hernán lo hizo sin objeciones, El dolor era de ambos, él perdía a un amigo y ella a un esposo. Pero ¿por qué hablaban de pérdida? ¿Acaso Wilfrido no tenía remedio? Hernán no lo sabía, pero lo que había visto no le daba precisamente esperanza, y tampoco lo que Ana le contó.

—Todo es culpa de esa maldita estatua —dijo entre lágrimas—. Cada año celebramos una fiesta en honor a San Judas Tadeo, la gente comparte, come, ríe y baila. Ha sido una tradición en la familia, pero, como verás, y es algo que ni vos sabes, una estatua que es alabada un día e ignorada un año agarra polvo y no sirve de mucho. Wilfrido

le encontró oficio desde que un brujo peruano lo visitó. Cuando alguien quería cobrar una deuda que se le había negado, iba con Wilfrido y le pedía ayuda al Santo, entonces mi esposo prometía solucionar el problema en pocos días. Enseguida se ponía a trabajar, cortaba espinas de diferentes árboles y, una vez que colocaba sobre la estatua bolitas de cera de abeja, las clavaba mientras repetía unas palabras que ni yo conozco. Así la persona aludida enfermaba y mientras no pagara la deuda no se recuperaba. Yo le advertía, le decía que es un pecado contra Dios, que le traería consecuencias, pero no me hizo caso, me dijo que tenía que alimentar a su familia y que el Santo estaba de su lado. Yo rezaba por él cada noche, lloraba por mis hijos. Nunca me atreví a contarle a nadie, ni a vos que tan bien me trataste. La gente que hace el mal sabe guardar secretos, por eso ni vos lo sabías. Ese mismo santo que adoraban en el día de fiesta, el resto del año era ensartado sin piedad y transmitía su sufrimiento a otros. Dios observaba, maldiciendo el libre albedrío que nos dio, y quizás indignado porque se le concedía el crédito del milagro, pero sabiendo que la mano que movía la espina era la del diablo. Por eso, este ha venido a reclamar el alma de mi marido, ya no soporta que en nombre de un santo utilicen su influencia en el mundo. Eso es lo que creo, y si hay esperanza está lejos. El sacerdote no vendrá en menos de un día y mi marido necesita de la confesión.

Hernán, recuperando un poco de esperanza, aunque más amarga que antes, se ofreció a buscar al sacerdote. Dejó los puercos en manos de Ana y se adelantó en ese mismo instante. A quienes cargaban a Wilfrido les pidió que lo mantuvieran con vida, que le dieran lo que necesitaba, no se negaron, pero era evidente que nadie quería hacerlo; ayudar a un condenado sería como declararle la guerra al diablo y todos sabían que pocos se atrevían a eso.

Un día y medio después, Hernán regresaba con el cura. Encontraron a Wilfrido en la vaporadora de una molienda, nadie se había atrevido a llevárselo a su casa, ni siquiera su esposa. Reía sumergido hasta la cintura en las aguas hirvientes del gran recipiente que se usaba para convertir el jugo de la caña en miel o panela. Le habían quitado el cordón. “Una pieza muy valiosa en manos de un condenado”, había dicho su dueño. Sus carnes ya se desprendían de su cuerpo, los huesos aparecían blancos, casi desnudos. “¡Ay, qué riquito!” repetía con entusiasmo. No era consciente de la desgracia.

El cura se acercó con la intención de confesarlo, pero Wilfrido ya no razonaba, se rio de su confesor y le lanzó un pedazo de su muslo, tan suave por las aguas hirvientes que parecía lodo. El cura oró, bendijo al desgraciado y esperó paciente. Wilfrido pareció recuperar la razón, saludó al cura, le pidió que se acercara e inclinó la cabeza, ya no reía.

Sin embargo, en un instante, presagiando la derrota, el diablo lo sacudió con tanta fuerza que sus piernas se le soltaron del cuerpo. Volvió a reír a carcajadas, se arrancó los cabellos y, cuando el agua bendita del cura iba a alcanzarlo, se sumergió por completo en el agua hirviente. El fuego bajo él ardió con intensidad, como una explosión. Wilfrido se retorció cada vez con más lentitud hasta que se detuvo, entonces hubo paz y silencio, solo el agua hirviente siguió moviéndose.

El fuego no se apagó por dos días, no hasta que el triste cuerpo de Wilfrido se deshizo, se mezcló con el agua y se volvió una masa blanquecina, sin rastro de carne ni de huesos.

Lista de referencias

- Akutagawa, Ryunosuke. 2016. *En un bosquecillo*. Menorca: Edu Robsy.
- Allan Poe, Edgar. 2005. *El gato negro y otros relatos de terror*. Valencia: Brosquil.
- Bécquer, Gustavo. 1990. *Rimas y leyendas*. Quito: Libresa.
- Burucúa, José Emilio. 2002. *Historia, arte, cultura: De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cevallos, Santiago. 2023. *Sentidos no comunes. Literatura y especismo*. Quito: La Caracola Editores.
- Chimal, Alberto. 2011. *Estos son los días*. México, D.F.: Ediciones Era.
- Deleuze, Giles y Guattari, Félix. 2004. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: PRE-TEXTOS.
- Friedman, Norman. 1975. *Poin of view*. Ciudad: The unievrsity of Georgia.
- Highsmith, Patricia. 2006. *Suspense*. Quito: Anagrama.
- Mataix, Remedios. 2000. *Para una teoría de la cultura: la expresión latinoamericana de José Lezama Lima*. Madrid: Cuadernos de América sin nombre.
- Montejo, Eugenio. 1996. *El taller blanco*. México: Amalgama.
- Prósper, Josep. 2015. La presencia del narratario en el relato audiovisual. *Revista Signa* 24: 463-78. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5058000.pdf>
- Zamora, Herbert. 2003. *El bien y el mal como principio estructurador del entorno Amighettiano*. San José: Universidad de Costa Rica.